Tiempo de elegir sin miedo
Memorias de una astrobióloga

Antígona Segura

Piedra Bezoar

Tiempo de elegir sin miedo

Memorias de una astrobióloga

Fictocrítica

Antígona Segura

Tiempo de elegir sin miedo

Memorias de una astrobióloga

Piedra Bezoar

Primera edición: Editorial Piedra Bezoar, 2016
Colección: Boca
Título: *Tiempo de elegir sin miedo. Memorias de una astrobióloga*
Autora: Antígona Segura

Tiempo de elegir sin miedo. Memorias de una astrobióloga está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Usted es libre de:

* Compartir. Copiar y redistribuir la obra.
* Adaptar. Remezclar, transformar y crear a partir de la obra, aun con fines comerciales.

Bajo los siguientes términos:

* Atribución. Debe reconocer los créditos de la obra de manera adecuada e indicar si ha realizado cambios (pero no de una forma que sugiera que tiene el apoyo del autor o de la editorial).
* CompartirIgual. Si mezcla, transforma o crea nuevo material a partir de esta obra, podrá distribuir su contribución siempre y cuando utilice la misma licencia que la obra original.
* No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.
* Esta licencia no contempla otros derechos relativos a publicidad, privacidad o derechos morales.

Edición: Mauricio del Olmo y Haydeé Salmones
Maquetación y diseño: Haydeé Salmones
edicionesbezoar@gmail.com
www.piedrabezoar.com

Índice

Escritos de Nada para Nada 11
Vida en otros mundos 13
La astrobiología según Antígona 15
Polvo eres... 17
La burbuja 25
Corazón de melón 33
Encantadora 35
Así empezó todo 37
El bailarín 39
La quejosa 41
Los días de la panza 45
Desesperadamente esperando a Pedrito León 51
Así fue 55
Esas cosas que, de no haber sido inventadas, nadie sabría lo útiles que son 61
Inventario 65
¿Y llora mucho? 67
Dormir es un verbo irregular 71

¿Y a qué hora tienes tiempo? 75
Lo que no dicen los libros 77
Volver a Guerrero 81
El caso de la galleta de la fortuna 83
¿Cómo ves? 85
Inteligencia terrestre 87
Volver al pasado 89
El nacimiento de la orquídea 91
Anécdota sobre la puntualidad alemana 95
Jetlag 103
Año nuevo 105
Diario del olvido. Día 1 107
Diario del olvido. Día 3 109
Diario del olvido. Día 4 111
Diario del olvido. Día 10 113
Diario del olvido. Día 20 115
Infinito 117
Después del asalto 119
Dany 125
Carta a Penélope 129
Amor, amor 133
Crónicas de Tokio I 135
Crónicas de Tokio II 137
La inundación 141
Vecindad 143

Pronóstico del tiempo: Chicago (primera parte) 145
Pronóstico del tiempo: Chicago (segunda parte) 149
Pronóstico del tiempo: Chicago (tercera parte) 151
Días de ciudad 155
La intrusa 157
Caminar 161
La entrevista (primera parte) 163
La entrevista (segunda parte) 167
La entrevista (final) 171

Nací tarde. Hace cincuenta años, hubiera sido rumbera… pero las rumberas han pasado a la historia. Por eso me he dedicado a la ciencia: debo entretenerme en algo para no pensar en mi tragedia.

Antígona Segura

Escritos de Nada para Nada

Convencido de que el principio de todo estaba en la nada, mi padre eligió el nombre de Nada para su primogénita. Yo escogí Antígona. Luego tuve que elegir entre la literatura y la ciencia. Opté por la ciencia. Aunque no realmente: no dejé de leer ni de escribir cuentos y poesía, al menos por un tiempo; la ciencia me absorbió y dejé de escribir; luego de leer. Sin embargo, encontré un refugio en la divulgación de la ciencia: podía seguir leyendo y escribiendo sin traicionar esa elección que requería todo mi esfuerzo.

Ya con un trabajo como científica, me convertí en malabarista: intenté conservar mis pasiones, mis amistades, el

baile, la divulgación de la ciencia, la literatura y, sobre todo, cumplir como madre. Fui torpe y renuncié. Me volví monótona, pero no por ello más productiva.

A mediados del 2013, una decisión cambió mi vida; día a día, comencé a sentirme viva de nuevo: volví entonces a la literatura, al baile, a mis amigos; rescaté retazos de textos; narré historias de orquídeas y trenes. Esta vez sin malabares y sin renuncias absolutas. Tomar decisiones, resolver lo urgente, adelantar lo necesario y conservar espacios para mis pasiones.

Entre todas las cosas variables, me aferro a las constantes. Escribo porque no puedo evitarlo.

Vida en otros mundos

Cuando era pequeña, descubrí que había una nueva generación de científicos que se llamaban a sí mismos exobiólogos.

Cosmos, de Carl Sagan, se volvió mi lectura favorita y yo me convertí en un problema para los orientadores vocacionales. Sin más guía que mis gustos, empecé por estudiar la licenciatura en Física, luego la maestría en Astronomía y, para acabar de echarme a perder, un doctorado en Ciencias de la Tierra.

Mientras estudiaba, las cosas cambiaron en el mundo científico: la exobiología (término preferido por los euro-

peos) se comenzó a denominar astrobiología, y la NASA creó un instituto virtual para su estudio; ahora, incluso, hay congresos y posgrados dedicados a esta ciencia.

Lo que algunos consideraron producto de mi dispersión ya está dando frutos: nada mejor que alguien que sepa un poco de todo para buscar extraterrestres.

Pero... ¿qué es la Astrobiología?

Repitan después de mí: "La Astrobiología es la ciencia que estudia el origen, evolución y distribución de la vida en el universo". ¡Muy bien, niños!

La astrobiología según Antígona

He soñado que vuelo en cielos púrpuras y sobre océanos naranjas. He deseado borrar el dolor con palabras, abrazar el aire, perderme en el fondo del mar. He querido unir mi cuerpo a una canción, ver el Universo al cerrar los ojos, dar a luz la ternura.

Y, sobre todo, he intentado comprender este mundo, esta vida, otros mundos, otras vidas.

Lo único cierto es lo que amo y vivo.

Polvo eres...

Agosto de 1994

El calor surgió de su centro y la recorrió, iluminándolo todo. Al girar, observó a su alrededor: todo se veía rojizo y polvoso; estaba en el centro de un gran disco aplanado, como una bailarina de ballet con un enorme y rígido tutú. Se preguntó qué habría tras la nube de polvo que la rodeaba; sospechó que muy pronto tendría respuesta: la nube se alejaba mientras los granos de polvo del disco chocaban entre sí, dispersándose y uniéndose para hacerse cada vez más grandes; pero aquello duraba ya demasiado y muy pronto se aburrió de verlo.

Escudriñó con atención el cielo abierto; aunque el polvo persistía, ahora podía ver más fácilmente a través de él: había manchas brillantes y rojas por todos lados; muchas pequeñas y unas cuantas más grandes. Deseó entender por qué; se concentró en contar y medir manchas; por un rato, olvidó el desastre que había a su alrededor.

Cuando miró de nuevo el disco, los granos de polvo habían crecido muchísimo. Ocho de ellos llamaron su atención: los primeros cuatro eran pequeñas rocas casi esféricas; los siguientes, enormes bolas de gas. Aún quedaban restos de aquella estorbosa nube (de vez en cuando, chocaban con las ocho rocas), pero todo se veía mucho más ordenado.

Mientras observaba el hermoso color azul del octavo objeto, se percató de algo maravilloso: los finos granos de polvo, que hasta entonces la habían rodeado, habían desaparecido. El cielo era un manto negro; las manchas se habían convertido en esferas de luz: rojas, amarillas y azules. Las primeras eran enormes, cien veces más que las otras, pero apenas se alcanzaba a sentir su calor; las azules, en cambio, eran mucho más calientes, aunque un poco más pequeñas; las amarillas eran las de menor tamaño. Miró su propia luz reflejada en los objetos que la rodeaban y se reconoció: lamentó no tener el brillo de las azules o el de las rojas.

De pronto, observó un pequeñísimo trozo de hielo que se le acercaba; una nubecilla brillante apareció alrededor del objeto y creció conforme se aproximaba hasta convertirse en un enorme velo que siempre apuntaba en dirección contraria a ella. Lo más hermoso fue descubrir que no era el único: muchos de estos objetos se aproximaban, la rodeaban, regresaban a la obscuridad del espacio y, desde esa obscuridad, resurgían para empezar de nuevo el ritual.

En una ocasión en la que escudriñaba el horizonte, buscando trocitos de hielo, encontró un objeto desconocido que giraba a su alrededor; no lo había visto antes porque era más pequeño que los otros ocho y estaba mucho más lejos. Era curioso: el camino que seguía para girar en torno a ella era muy alargado, mientras que los otros tenían rutas casi circulares; además, su camino estaba entrelazado con otro: a veces, el octavo objeto era el noveno y viceversa. Tal vez no lo había visto antes porque no estaba allí cuando se formaron los demás.

El incidente le hizo recordar su nacimiento, el disco de polvo y el cielo rojizo… ¿cuánto tiempo había pasado desde entonces? Quizá cinco mil millones de años. Ahora se sentía con más energía que en aquel primer momento, incluso iluminaba un poco más todo lo que la rodeaba y podía observar mejor a las cosas que giraban a su alrededor. Eran curiosas: demasiado grandes para ser granos de polvo

pero muy pequeñas para ser como ella. ¿Cómo llamarlas? ¿Planetas? Planetas.

El primero tenía una superficie llena de cicatrices redondas. El segundo y el tercero eran tres veces más grandes que el primero; de tamaño eran muy parecidos pero se veían muy distintos. Del más cercano sólo podía ver una espesa capa de nubes de tonos ocres. En el tercero, flotaban nubes blancas sobre un fondo azul y un pequeño objeto, casi del tamaño del primer planeta, giraba alrededor del planeta blanquiazul. El cuarto era rojo y poseía dos pequeños objetos que giraban a su alrededor; éstos estaban muy lejos de ser esféricos: más bien le recordaban a aquellas otras piedras deformes que se encontraban un poco más allá.

El quinto planeta era el más grande de todos; franjas de colores formaban rizos en sus costados; su enorme tamaño, su lunar rojo y el séquito de objetos que lo rodeaban lo hacían especial. Aunque el siguiente también tenía su encanto: era un poco más pequeño que el quinto, sin tantos colores; en cambio, poseía delgados anillos que giraban a su alrededor; le gustaba mirarlos de lado para comprobar que desaparecían de su vista. Los siguientes dos planetas eran casi del mismo tamaño; de un brillante color azul. El noveno resultó un enjambre de seis cuerpos que giraban en un orden extraño.

Más allá, los enormes globos se habían convertido en puntos de colores sobre el fondo negro. Entonces, sucedió algo sorprendente: uno de aquellos puntos se volvió más brillante que todos los puntos luminosos juntos; luego, se extinguió y dejó en su lugar una nube sin forma. Algo la estremeció por dentro: si ella era como los demás puntos de luz, ¿le sucedería lo mismo?

Sus cavilaciones no duraron demasiado, pues el tercer planeta también le deparaba sorpresas: primero fueron pequeños objetos que salían del planeta y giraban alrededor de él; algunos regresaban al planeta, pero otros se quedaban dando vueltas sin parar. Eso no fue todo: salieron otros que recorrieron los demás planetas y en ocasiones se posaron sobre ellos. Incluso algunos se acercaron a ella; fue así como logró verlos mejor: eran extraños; no tenían la redondez de los planetas ni la deformidad de los trocitos de hielo; además, no todos eran iguales: había combinaciones de formas cúbicas, alargadas, planas y circulares. Durante un buen rato, se divirtió imaginando cómo sería el próximo artefacto… hasta que dejaron de aparecer.

Su piel era menos caliente. Le quedaban apenas unos miles de años para cumplir los diez mil millones; trató de recordar cuándo había comenzado a sentir los primeros síntomas… Sospechó que algo malo sucedía cuando vio salir un artefacto cilíndrico del tercer planeta: era mucho

más grande que los anteriores; se encaminó hacia el quinto planeta, le dio media vuelta y se perdió en la obscuridad del espacio. Ahora, más que nunca, quiso verlo regresar.

El tiempo se convirtió en una tortuosa espera, mientras algo en su interior se encogía y se enfriaba. Su piel, antes amarilla, se hinchó hasta volverse roja. El primer y el segundo planeta ahora estaban dentro de ella. Luego alcanzó al tercero; lo sintió como una gota de agua que cae en la piel y se evapora.

Lo peor llegó: su centro volvió a encenderse, pero el calor quedó aprisionado; la golpeaba, buscando una salida; cuando finalmente logró escapar, sintió que volaba en pedazos y deseó que aquello terminara pronto. Cuando recobró la conciencia, el calor recorría suavemente su cuerpo; nada en ella se contraía y su piel había dejado de crecer. Pero la calma no duró mucho: aquello se repitió varias veces; afortunadamente, con menos violencia. Mientras tanto, su piel se separaba y formaba una gran esfera de borde brillante; de ella sólo quedó una esfera blanca. Se preguntó qué sucedería después.

Habían pasado cien mil años desde la primera sacudida; todo volvía a estar tranquilo. Tal vez demasiado. Extrañaba los trocitos de hielo y los artefactos del tercer planeta. Aunque emanaba más calor que nunca antes en su vida, era mucho más pequeña que cuando había nacido;

también brillaba menos y estaba cansada. Lo único que hacía ahora era observar cómo su piel se alejaba cada vez más. Ya no se hacía preguntas. Sólo flotaba en la negrura. Dormía.

Sintió el polvo sobre su rostro y despertó. A su lado, pasó una enorme nube, muy parecida a la que le había dado origen; había algo familiar en esa maraña de gas y polvo; algo más que haber nacido en un lugar semejante. Entendió todo mientras sentía el calor de una recién nacida saliendo del polvo: la nube estaba hecha de lo mismo que su piel perdida. La muerte cobraba sentido. Ahora, podía dormir para siempre.

La burbuja

Agosto de 1994

Cinco minutos antes de las cuatro. Faltan dos cuadras para llegar a la parada del camión; apresuras el paso, deseando que el autobús no llegue antes de la hora. La parada ya está a la vista; sonríes al comprobar que en ella están todos los que toman el autobús de las cuatro; incluso él, que apareció entre ellos desde hace dos días. Nada tiene de especial, excepto que nunca antes había estado ahí. Llegas. El camión está muy cerca. Después de subirte, todo es como siempre: media hora de observar caras semiconocidas para intentar adivinar en qué se distraen mientras viajan, callados, mirando a los demás.

Tres y cuarto. Hoy saliste tarde del trabajo: será una hora exacta hasta el centro. Es curioso que no hayas podido resignarte a la puntualidad de este país ajeno; en México, tendrías la esperanza de que el camión viajara más rápido y así podrías llegar a tiempo para tomar el de las cuatro; claro que en México nunca hay un autobús de las cuatro en el que te sonríe el mismo chofer y en el que puedes escudriñar a las mismas personas. Así que estás segura de que en la parada del autobús no te esperan los de siempre; mientras caminas de una parada a otra, imaginas los rostros de las cuatro, mirándose entre sí, y te preguntas si alguien habrá notado tu ausencia.

Las cuatro en punto. En este país tan predecible, algo extraño ha pasado hoy: en el camión, las personas casi desbordan ventanas y puertas; no has podido sentarte y es casi seguro que no lo harás durante la hora de viaje al centro. Llegas agotada; caminas hacia la otra parada de autobús, en donde te espera la calidez de lo conocido. Los cabellos de las chicas que pasan a tu lado se mueven como si hubiera viento, pero tú no sientes nada: el aire parece esquivarte; reacomodas tu pelo, esperando sentir sus mil lenguas en el cuello, pero nada. La parada está a la vista; tienes la sensación de que alguien te espera. Tal vez es el cansancio. Los rostros de las cuatro parecen sonreír al verte, pero tú sólo observas el del chico que apareció hace unos días entre

ellos. Debe de tener uno o dos años más que tú; notas su cabello tan quieto como el tuyo.

El camión ha llegado; aquí no hay empujones: la gente se forma y mira en dónde pone los pies.

Cuarto para las tres. Hace tiempo que no salías tan temprano del trabajo. Llegas al centro al cuarto para las cuatro; en la parada faltan varios rostros, entre ellos el del chico que ha llamado tu atención. Uno de los rostros se acerca a ti; te pregunta la hora y luego inicia un cuestionario estratégicamente pensado; de nada sirve contestar con monosílabos: el rostro sigue ahí, buscando algo debajo de tu ropa; su voz se oye como si viniera de una caverna. Por fin, el rostro se calla. Escuchas claramente los pasos de alguien que se acerca: es el chico nuevo. Has decidido llamarlo así porque, desde hace seis meses, no había un rostro rutinariamente nuevo esperando el camión de las cuatro. Lo miras sólo de reojo porque sabes que él te está mirando. El camión aparece frente a ti; te sorprende: es curioso que no hayas oído el motor; analizas el autobús para ver si es un nuevo modelo silencioso: es el mismo de siempre.

Casi las cuatro. El chico nuevo lleva una semana tomando el mismo camión. Esta tarde, lo acompaña un rostro con más edad que el suyo; por primera vez, escuchas su voz: se oye tan familiar, como todo lo que hay en esa parada a las cuatro de la tarde. Al subir al camión, aunque no es posible,

intentas quedar cerca de él: su voz suena igual, no como la de su acompañante, que se envicia con los ruidos de la calle. El viaje resulta interesante: él habla de sus hermanos, de su madre, del trabajo; sientes como si platicara contigo pues, mientras lo hace, te observa. Por eso no te atreves a mirarlo detenidamente durante todo el recorrido: cada vez que volteas, te encuentras con su mirada que te esquiva y se dirige a su acompañante. El chico nuevo baja en la parada siguiente y, durante diez minutos, debes conformarte con observar el paso de los árboles, los automóviles, las esquinas y los rostros.

Cinco para las cuatro. Te vas acercando a la parada del centro; un olor de harina horneada llena el aire. Al llegar, te das cuenta de que el chico nuevo trae dos enormes bolsas llenas de cajas: en vez de tapa, cada una está cubierta con papel celofán que te deja ver su contenido. El chico nuevo platica con el mismo rostro de ayer, explicándole que cada semana lleva una cantidad idéntica a su casa. Galletas. Un aire cálido te rodea. Es agradable oír que alguien tan joven se ocupe de esos detalles; tú harías algo semejante si tu familia estuviera aquí. Algo se desencadena en ti: durante el camino a casa, ves pasar los recuerdos de tu niñez, tu país, los rostros que habitan tu memoria.

Cinco para las cuatro. Hace unos días te diste cuenta: no era normal que el aire te esquivara y que las galletas fueran

tan olorosas; es la burbuja, las paredes de la burbuja que se hacen más gruesas y atenúan los sonidos de la calle. Sucede lo mismo que otras veces: tú lo miras cuando él no te ve y luego al revés; te das cuenta de que no puedes describir su rostro. El camión está frente a ti y, lentamente, caminas hacia la puerta: no es necesario estar cerca del chico nuevo: están solos dentro de la burbuja.

Las tres en punto. Es difícil que alcances el autobús de las cuatro en el centro. Cada quince minutos, miras el reloj; te inunda la ansiedad de quien sabe que llegará tarde a una cita importante. Arribas al centro y caminas lo más rápidamente posible; te tranquilizas cuando los ruidos comienzan a alejarse. Las cuatro con dos minutos. Sólo una cuadra más. El camión ya está en la parada. Sólo tienes que cruzar la calle, pero es imposible pasar sobre los autos. Poco a poco, los ruidos van acercándose: te rodean; la burbuja se hace demasiado larga y, finalmente, caen sobre ti. El autobús se ha ido.

Llegas a tiempo a la parada del centro. Los ruidos y el viento no te tocan. El camión se ha retrasado cinco minutos; algunos de los rostros se preguntan qué estará sucediendo. A ti no te importa el retraso porque estás disfrutando de una mirada del chico nuevo: es la única mirada extraña que te produce placer; otras sólo escudriñan tu blusa o tus labios (a veces, a la mirada le sigue la voz: ambas te analizan

y te califican; siempre haces todo lo posible para entorpecer la prueba y reprobar). La vista del chico nuevo busca bajo tus pestañas y acaricia tu pelo. El camión lleva veinte minutos de retraso y la parada se ha convertido en un mar de rostros; hay otro autobús a las cuatro y media, que no tardará en llegar. A las cuatro y veinticinco llega el camión de las cuatro; el de las cuatro y media viene unas cuadras atrás; esperas a que el chico nuevo decida qué camión tomarán. Ya están arriba: hay demasiada gente y lo pierdes de vista; el mar de rostros se diluye un poco y alcanzas a verlo cuando faltan dos paradas para que baje. Te acercas a la puerta de salida para sostenerte mejor; el monedero que aprisionaste durante todo el viaje cae justo en el momento en el que la burbuja comenzaba a alargarse; el chico nuevo se acerca y lo levanta. Sonríes. Por primera vez, sus ojos se encuentran; la explosión es inevitable: el viento vuelve a presionarte y los ruidos citadinos golpean tus tímpanos: la burbuja se ha roto. Es imposible dar las gracias; sigues mirando sus ojos sorprendidos. Tus mejillas se incendian mientras su rostro se aleja desde la banqueta.

Cinco minutos antes de las cuatro. Caminas lentamente hacia la parada del centro. Miras el reloj y te detienes a ver un escaparate; continúas tu camino. Las cuatro en punto. El autobús ya está en la parada, a dos cuadras de distancia. Sigues caminando despacio, disfrutando el viento. El

motor del camión se despide de ti. Te detienes: tu mirada sigue el autobús que no volverás a alcanzar.

Corazón de melón

Agosto de 1994

Empezó con la primera lamida: me gustó su sabor; lo besé; latió entre mis dientes. Con la primera mordida, un líquido tibio escurrió entre mis labios; hubo un gemido que no me detuvo: arranqué un pedazo pequeño; era dulce. Me dejó hacer. Cada día, tomaba un trozo que saboreaba durante horas en mi boca, mientras él hablaba, reía o me miraba. Hasta que acabó.

Yo necesitaba ese sabor, esa textura, esa tibieza escurriendo de mi boca a mi garganta. Así descubrí que no todos saben igual: ése era como vino blanco; aquél, como tamarindo; éste, como chocolate con un toque picante. Me

dejaban hacer. Primero me acercaba a su mirada, luego a su piel; después me lo entregaban sin que yo lo pidiera. Creían conquistarme, mientras yo sólo buscaba sabores nuevos, texturas distintas, otros ritmos.

Aquél lo devoré tan rápido que apenas pudo darse cuenta. A éste me gustó recorrerlo con la punta de mi lengua y tomar sólo un poco cada vez; hasta que encontré un dejo amargo como a toronja. Después del banquete, un cosquilleo recorrió mi cuerpo: olvidé que hay hombres con el corazón envenenado; ahora es muy tarde.

Encantadora

Agosto de 1994

"Encantadora", dijo la serpiente mientras su abrazo rompía mi cuello.

Así empezó todo

Agosto de 2005

Cuando llegué al Instituto de Astronomía, en una estancia de verano en 1993, le conté al doctor Miguel Ángel Herrera que, además de la Astronomía, me apasionaba el misterio del origen de la vida. Su comentario fue algo así como: "Pero eso no tiene chiste; las mujeres tienen el secreto". Aunque sigo sin desentrañar el secreto, ahora puedo decir que he creado vida y puedo sentirla crecer dentro de mí.

El 14 de febrero de 2005, después de preguntarme durante dos semanas si mi cansancio y dolores de cabeza eran señales de depresión o de embarazo, confirmé, felizmente, que se trataba de lo segundo. Pedro (el papá) y yo

fuimos nerviosos al primer ultrasonido, deseando que el embrión estuviera bien. Así fue: la técnico encargada del ultrasonido nos dijo que el embrión tenía ocho semanas y que su corazón se oía fuerte y con ritmo normal (que es mucho más rápido que el de un adulto). Costó mucho trabajo fotografiarlo porque ¡se movía! Salimos felices, deseando que todo siguiera bien.

Mucho cansancio, muchos ascos y muchos achaques después, nos enteramos, gracias al segundo ultrasonido, que el bebé era un niño y que seguía creciendo y poniéndose cachetón. Todos los días patea y da maromas; hasta he llegado a pensar que tiene invitados con los que danza sobre mis tripas.

El bailarín

Agosto de 2005

Cuando comento lo mucho que patea Pedrito León, el comentario más común es "Va a ser futbolista". Grrrr... Los que me conocen bien saben que mi hombre ideal tenía sólo tres características indispensables: ser inteligente, ser buen bailador y que NO le gustara el fútbol. Tuve la suerte de encontrar un hombre así; ahora sólo espero que mi hijo siga el buen ejemplo de sus padres y que no le guste el fútbol.

Yo prefiero pensar que Pedrito será bailarín o cirquero. Cuando platiqué esto con unas amigas, hubo quien comentó algo así como "¿Bailarín?; ¿estás segura?".

Entonces me acordé: "Claaaro; porque 'todos' los bailarines son 'gay', ¿no?" ¡Carambas con las ideas de la gente! Como me purgan los estereotipos, aclaré que mi niño no sería bailarín de ballet sino de salsa, como esos latinos morenos, sexys y fuertotes que son "muy machos".

Hablando en serio, siempre me ha molestado que los padres esperen que el hijo se dedique a alguna cosa en particular; o peor: cuando el hijo por fin se decide por una profesión, le salen con "¿Esa carrera para qué sirve?", "¿De qué vas a vivir?" y tonterías por el estilo. Los que han dicho esto seguramente se justificarán argumentando que lo hacen por el bienestar de sus hijos, ya que les preocupa su futuro. Yo no veo qué puede ser mejor que elegir aquello que nos hace sentir bien, incluso si es algo tan "inútil" como ser científico o escritor.

No sé si mi hijo algún día leerá estas líneas; si es así, quiero que sepa que hice público mi compromiso de que él puede dedicarse a lo que lo haga feliz; de hecho, lo hará con o sin mi permiso. Tal como lo hicimos su padre y yo.

La quejosa

Agosto de 2005

Cuando comenzó mi embarazo, lo confundí con síndrome premenstrual o depresión; ambas situaciones se sienten muy similares, con la diferencia de que la primera es cíclica y la otra aparece cada vez que se le da la gana. Así me sentía hasta que descubrí que estaba embarazada; entonces me sentí peor.

El primer mes lo pasé con mucha hambre y síntomas difusos. Luego vino el segundo: ascos, dolores de cabeza y sueño; mucho sueño, todo el día; pero, contrario a lo que se pensaría, ¡no podía dormir!; dormitaba. Durante semana y media no pude trabajar: me sentía horriblemente cansada;

lo peor era el dolor de cabeza cuando veía una pantalla de computadora.

Comer era todo un reto: si comía demasiado rápido, las consecuencias eran muy desagradables; no podía comer cosas ligeras, como sopas y ensaladas, porque mi estómago protestaba como si no hubiese comido nada. El hambre era un dolor en el estómago que no había sentido antes; aunque no dejara pasar más de cuatro horas entre comida y comida. Claro: después de comer, me sentía mal otra vez. Al final, aprendí la lección más importante del embarazo: escuchar a mi cuerpo; tomar agua si tienes sed, no comer aquello que te da asco, descansar si tienes sueño.

Las hormonas de una mujer embarazada se duplican cada tercer día durante el primer trimestre; luego, todo se estabiliza. Las consecuencias de la borrachera hormonal pueden ser muy distintas: he oído de mujeres que dicen que se sentían de maravilla; en el otro extremo, están las que la pasaron terriblemente mal durante todo el embarazo. Mis achaques, según los médicos, estaban dentro del promedio. Curiosamente, la mayoría de las madres con las que había platicado tuvieron embarazos "maravillosos". Si la estadística no me falla, eso significa que la mayoría de las mujeres tienen síntomas durante el embarazo, pero casi nadie habla de ello.

Así que, los primeros meses, cuando tenía energía, despotricaba contra las madres que sólo decían que se habían sentido de maravilla. Poco a poco, ante mi insistencia y mis quejas, las historias fueron saliendo: mi mamá me contó de cuando le daban calambres en las piernas; mi cuñada, de sus remedios para la gastritis; una amiga, de sus antojos, y así. Son las madres jóvenes las que han sido más abiertas al respecto; me preguntan "¿Cómo te sientes?" y comparten conmigo sus experiencias. Eso sí que ha sido maravilloso.

Los tres primeros meses pasaron y, con ellos, los síntomas más desesperantes. En el segundo trimestre, de lo que más tenía que preocuparme era de comer bien (tenía mucha, mucha hambre) y de contar con un baño cerca. Ahora estoy en el séptimo mes y Pedrito León apenas cabe en mi útero; como consecuencia, me apachurra los pulmones, lo que dificulta un proceso tan simple como respirar; a veces, lo que empuja es el estómago, o le da por usar mi vejiga de almohada. Mi espalda me duele y tengo mucho calor. O sea, todo normal.

Los días de la panza

10 DE SEPTIEMBRE DE 2005

No fue la mejor manera de anunciar su presencia pero, sin duda, se hizo notar: el dolor de cabeza, el hambre, el cansancio; dos líneas rosas en la prueba casera de embarazo. Luego el ultrasonido que mostraba un frijolito latiente y movedizo; el "bom bom" amplificado por el equipo médico. Durante los dos meses siguientes, nos conformamos con vigilar mis achaques: "¿Cómo se siente?", preguntaba el médico; "Terrible", respondía yo; "Ah, entonces todo va bien".

Al tercer mes, el médico colocó un aparatito sobre mi vientre; ahí estaba: el latido del bebé... por unos segundos;

luego se escapó y el médico tuvo que perseguirlo hasta que se quedó quieto el tiempo suficiente como para medir su ritmo. Miré a Pedro, emocionada; nos tomamos de la mano. Nos enamoramos de ese sonido rítmico y preciso; esperamos con impaciencia las cuatro semanas entre cita y cita para volverlo a oír.

Ahora me sentía mucho mejor. Algunas amigas me dijeron "Ésta es la mejor etapa; disfrútala". Así fue: los ascos, la acidez y el sueño se terminaron; mi única frustración era verme gorda y no embarazada.

Para el cuarto mes, empecé a sentirlo: era una bolita indefinida que presionaba los bordes de mi útero. Pedro preguntó "¿Cómo se siente?"; "No sé... diferente", le dije. No pude describirlo, pero la alegría que me causaba fue suficiente para contagiar a Pedro. A veces iba corriendo con él para decirle, apurada: "Pon la mano aquí; míralo: ahí está".

Al quinto mes, sus movimientos se volvieron golpecitos nítidos en mi interior; tenía espacio suficiente para brincar y dar vueltas, así que supongo que lo hacía. Ya no tenía que esperar a que el médico me dijera cómo iban las cosas; yo lo sabía. Casi diario podía sentirlo.

Ese mes, un ultrasonido nos confirmó que podíamos estar 100% seguros de que se trataba de un niño: el bebé se convirtió en Pedro León. El ultrasonido nos mostró, además, a un humanito completo y hermoso que movió sus

manitas ante la presión del aparato y luego volvió a quedarse quieto, dormidito.

La familia Molina Segura dejó Pennsylvania; durante el viaje, Pedrito León pateó cada día más fuerte y mi panza comenzó a verse embarazada; bueno, un poquito embarazada. Llegando a California, nos encontramos con que la nueva "aseguranza" médica no funcionaba tan fácilmente como en Pennsylvania; tuvimos que esperar cinco semanas antes de ver a nuestro nuevo ginecólogo.

Pasé mi primera semana en la soleada California con un catarro terrible; Pedrito León dejó de patear. Bebí litros de jugo de naranja; la única medicina que me permití tomar y que, además, se recomienda para que los fetos se muevan. Pedrito se negó a moverse… Me preocupé; de pronto creía sentirlo, muy suavecito, y me preguntaba si era él o eran mis deseos de que todo estuviera bien; Pedro me tranquilizó: "Ya sabes que a veces no andan de humor para moverse". Sin la posibilidad de que el médico lo oyera y me tranquilizara, pasé un par de semanas en un pequeño infierno, buscando en mi cuerpo cualquier indicio de que algo anduviera mal.

Pedrito León volvió a las andadas unas dos semanas después de nuestro arribo a California. Sus huesitos eran más firmes y eso se notaba en cada patadita. Sin embargo, mi alegría duró poco, pues una semana después comencé

a sentir una terrible comezón en mi vientre; el malestar se expandió hasta mis brazos y piernas. Así me enteré de que existe una extraña urticaria que le da a una de cada 200 mujeres embarazadas primerizas. Pasé casi dos semanas sin dormir, hasta que el dermatólogo me explicó de qué se trataba y me mandó medicamento; la comezón cedió y Pedrito siguió bailando sin que le afectara en lo más mínimo la condición de su madre.

En las noches de entre los seis y los siete meses, podría haber jurado que Pedrito León hacía fiestas y tenía invitados; si no era eso, entonces mi hijo era un pulpo: ¿de qué otra manera podía explicar todos esos golpes en mi interior? Fue en esos meses cuando descubrí el hipo. Había leído que a los bebés les daba hipo, pero me parecía increíble hasta que lo sentí: Pedrito saltaba rítmicamente cada cinco o diez segundos: era el hipo. Ahora le da casi diario; en ocasiones hasta dos veces al día. Nos despierta a ambos: mi panza salta acompañando a su pechito por unos minutos hasta que despierta, se mueve, manotea, se estira; acaricio mi vientre esperando que él reciba mi caricia y se tranquilice.

Pedrito León nacerá pronto y ya casi no tiene espacio donde moverse. Al octavo mes se puso de cabeza y ya sé dónde están sus piernas y sus brazos; cada pequeño movimiento es perceptible: a veces duerme y sólo se mueve un

poco para acomodarse y seguir durmiendo; luego despierta y se mueve suavecito. Otras veces se mueve tanto que mi vientre se convierte en un paisaje ondulante. Pedrito se estira y puedo sentir sus manitas apretando mi vejiga mientras un pie se clava dolorosamente en mis costillas; le digo que no debe maltratar así a su mami, mientras, con un suave movimiento circular, hago que su pie vuelva a donde ya no alcanzo a sentirlo. Pedrito cede a ratos: duerme por dos o tres horas y luego despierta, se mueve, se cansa, patea con fuerza, más suave; pasan unas horas y vuelve a dormir.

Sus padres se sientan a admirar la panza movediza; imaginan lo que hará Pedrito León: crean diálogos, historias, sensaciones; lo imaginan allá adentro, escuchando, calientito, apretado, hambriento, riéndose, durmiendo. Sólo él sabe lo que olvidará. Sus padres sueñan con que recuerde sus voces, las canciones, los sabores, el murmullo del vientre-universo. Nacerá y las primeras líneas de esta hoja en blanco estarán escritas: hablarán de amor y esperanza para un futuro desconocido.

Desesperadamente esperando a Pedrito León

28 de septiembre de 2005

Cuando le dije a mi mamá que el bebé nacería alrededor del 8 de octubre, ella me comentó que en sus tiempos los bebés siempre se adelantaban a la fecha predicha por los médicos; era una época sin ultrasonidos, en la que el sexo del bebé se adivinaba por la forma de la panza o suspendiendo un anillo con un hilo sobre el vientre materno.

Aunque uno crea que lo más útil del ultrasonido es saber el sexo del bebé, eso es lo menos importante para los médicos —de hecho, uno les ahorra trabajo si no quiere

saber el sexo del bebé—; lo que examinan son las medidas de diferentes partes del cuerpo del feto, calculan su peso y, de acuerdo a eso, establecen el tiempo de desarrollo y la posible fecha para el nacimiento. Pedrito León ha sido muy consistente: desde las ocho semanas, los médicos calcularon que llegaría el 8 de octubre; los dos ultrasonidos siguientes, uno a los cinco y otro a los ocho meses, dieron fechas muy similares.

Hace veintiún días, Pedrito pesaba 2.5 kg; suponemos que ahora ya anda cerca de los 3 kg porque mi panza sigue creciendo y yo aumenté casi 2 kg en estas semanas. Me gustaría creer que el peso extra está en el líquido amniótico y en el bebé, pero el tamaño de mis muslos me dice que mi hermoso hijo guardó algo para su mami. En esta última no aumenté de peso; creo que Pedrito se está preparando para salir. Eso espero. Desde hace tres semanas el médico me dijo: "Puede nacer en cualquier momento y no hay de qué preocuparse".

Hace dos meses pensaba que, entre más se tardara en nacer, mejor; así yo podía adelantar mi trabajo y preparar todo para su nacimiento. Definitivamente he cambiado de opinión: mis pies están hinchados; así que mi colección de hermosos zapatitos está abandonada porque ahora sólo puedo andar en tenis. Mi sueño se interrumpe por pequeñas contracciones, excursiones constantes al baño y

músculos adoloridos. Para las cuatro de la tarde, mi vista se vuelve borrosa y mi capacidad de concentración está anulada; así que estoy en casa, esperando. Busco algo para entretenerme, ya que: no puedo estar en una misma posición por mucho tiempo, especialmente de pie; no puedo agacharme ni sentarme en el suelo; mi vista y mi cuerpo se cansan rápidamente; no puedo respirar los gases emanados de los líquidos para hacer limpieza, y más de diez minutos caminando significan pies hinchados y piernas adoloridas por las siguientes tres horas. Como consecuencia lógica, estoy desesperada porque Pedrito llegue ya. No sólo quiero deshacerme de este malestar, también quiero conocerlo, poder verlo a los ojos.

Lo imagino dulce y cariñoso como su papá; con cabello negro y ojos expresivos; aprendiendo a sonreír, a caminar, a decir "mamá". Parecen los nueve meses más largos de mi existencia, pero hace tanto que te soñaba, Pedrito León, que es como si te hubiera esperado toda la vida.

Así fue

Octubre de 2005

Eran las tres de la mañana del 4 de octubre del 2005. La primera contracción pasó desapercibida; no porque no doliera, sino porque pensé que era una más de esas contracciones de "calentamiento" que me habían dado en los últimos días. Una hora después, llegó la siguiente; anoté la hora en mi mente. Para las seis de la mañana, ya eran cada media hora. Pedro despertó y le informé que a lo mejor ahora sí era la buena. Cuando las contracciones eran cada veinte minutos, nos convencimos de que Pedrito León estaba listo para salir.

Pedro hizo unos *hot cakes* deliciosos, anticipando que no iba a comer en un buen rato. Hice mi maleta para el hospital y me despedí de las uñas de mis manos. Tenía cita con la ginecóloga, así que salimos para allá con todo listo por si nos enviaban al hospital. Para las diez de la mañana, las contracciones eran cada diez minutos o menos; del consultorio me mandaron al hospital. Para las once estaba entrando al San Gabriel Valley Medical Center; "I am in labor", le dije a la recepcionista, que me miró asombrada (supongo que fue porque me vio muy tranquila); le pidió a la otra recepcionista que me llevara a obstetricia.

Me instalé en el cuarto donde pasaría las siguientes diecinueve horas. Aunque las contracciones eran más frecuentes e intensas, apenas estaba dilatada un centímetro; el resto de mi cuerpo seguía sin enterarse de que estaba en trabajo de parto: la mucosidad que tapa el cuello de la vagina seguía en su lugar, Pedrito León estaba de cabeza pero no había bajado para acomodarse sobre el hueso de la pelvis. Sólo quedaba esperar.

"Si mi mamá pudo", pensé, "yo también", así que no quería anestesia; cuando las enfermeras preguntaron e insistieron, les dije que no. Pedro resultó ser un excelente compañero de parto: me guiaba en cada contracción para que mi respiración me ayudara a soportar el dolor; tomaba mi mano, buscaba mi mirada, seguía todos lo que habíamos

aprendido en nuestras clases. La que no era tan buena era yo: las contracciones eran cada vez más fuertes, insoportables; miré a Pedro y confesé: "No voy a poder". La siguiente vez que la enfermera preguntó si queríamos la anestesia, yo estaba en medio de una terrible contracción. Grité que sí.

La anestesia epidural es como una intravenosa que va directo a la médula ósea en vez de ir al torrente sanguíneo; una vez que la colocan, el analgésico fluye continuamente en una dosis mínima. Una maravilla: el parto se volvió una linda experiencia que disfruté con plena conciencia y mínimas molestias.

Mi cuerpo siguió su curso: mis contracciones eran regulares y cada vez más intensas; eso lo sabíamos por uno de los aparatos que estaban pegados a mi vientre; el otro aparato detectaba el rítmico sonido del corazón de mi bebé.

A eso de las ocho de la noche llegó mi mamá, que cumplió su sueño de verme todavía embarazada. Apenas había dilatado unos 4 o 5 cm y Pedrito León seguía muy arriba con respecto a la pelvis; las enfermeras hablaron de cesárea; Pedro y yo nos miramos asustados. Finalmente, mi médico decidió que esperaríamos a que pasara la noche para ver cómo evolucionaba.

Las enfermeras me dijeron que durmiera y me advirtieron: "Va a necesitar muchas fuerzas para que nazca el

bebé; descanse bien"; claro que eso es más fácil decirlo que hacerlo cuando te están revisando los signos vitales cada dos horas. Mi mamá y Pedro también se acostaron a dormir, ahí mismo, en el cuarto del hospital.

Para las tres de la mañana, mis contracciones se detuvieron: había dilatado 8 cm; por la intravenosa que me habían colocado desde que entré al hospital, me administraron una sustancia para que continuaran. A eso de las cinco de la mañana, finalmente había dilatado los 10 cm: Pedrito León estaba a punto de salir.

Pedro se puso en posición para ayudarme con la última fase del parto, en la cabecera de mi cama; un lugar privilegiado desde el cual podía evitar ver el parto en vivo y en directo. Llegaron varias enfermeras para entrenarme en eso de pujar para que saliera el bebé: tal como me lo advirtieron, la tarea fue muy pesada. Cada vez que venía una contracción, yo debía aguantar la respiración diez segundos y pujar al mismo tiempo; aunque no dolían, podía sentir el ir y venir de las contracciones; el problema era que no podía sentir si estaba pujando o no. La enfermera principal me dirigía, cada vez más impaciente: "No; no está bien. Otra vez". Así pasamos casi una hora en la que me sentí la más burra de las estudiantes y pensé, peor aún, que mi inutilidad acabaría mandándome a cirugía para que me extrajeran al bebé por cesárea.

Mi médico llegó y ella fue mucho más amable que la enfermera regañona, aunque de todos modos era frustrante. Las cosas eran así: empezaba la contracción; tomaba aire; lo retenía; contaba lentamente hasta diez; pujaba durante todo ese tiempo; escuchaba la voz de la doctora decir "Un poco más; ya está aquí"; mi mamá, emocionada, decía que podía ver la cabecita del bebé; se acababan los diez segundos; la contracción continuaba; tomaba aire; contaba 1, 2, 3, 4, 5...; sentía que iba perdiendo fuerza; no podía pujar ni retener el aire; Pedro acariciaba mi cabeza para alentarme; se acababa la contracción y mi bebé no salía. Cuando este proceso se repitió por unos veinte minutos, sentí que mi bebé no iba a nacer nunca. Claro que uno sabe que eso no es posible pero, estando ahí, en ese momento, las cosas se perciben diferentes.

A las 6:25 a.m., finalmente, Pedro León Molina Segura vio la luz. Yo lo miré maravillada y volteé a ver a Pedro, que estaba a punto de llorar de emoción; me sorprendí: Pedro nunca llora; yo juraba que, si veía un parto en persona, lo más seguro era que se desmayaría o le daría asco. Nada de eso.

Colocaron a Pedrito León bajo un calentador para pesarlo, medirlo y limpiarlo. Pedro se acercó y le habló; Pedrito León dejó de llorar, abrió los ojos y volteó hacia donde estaba la voz de su papá. Luego, le pidieron a Pedro

que cortara el cordón umbilical; después nos enteramos de que eso es una tradición por acá, pero en ese momento agarraron a Pedro por sorpresa y tardó un rato antes de decidirse a cortar el cordón: "¿Y si lo hago mal?", decía.

Casi una hora después de nacido, Pedrito León fue puesto en los brazos de su madre por primera vez. Finalmente nos conocimos; creo que le caí bien.

Esas cosas que, de no haber sido inventadas, nadie sabría lo útiles que son

Octubre de 2005

Es increíble las cosas que inventan hoy en día; pero es más increíble que nos acostumbremos a ellas al grado de considerarlas indispensables. Ésta es mi lista de los objetos que descubrí y que toda madre debe tener.

1. El cambiador. La primera vez que vi este mueble fue en casa de Dayanara Torres (para mis amigos que no saben de las personalidades del *Jet Set* internacional,

Dayanara es una Miss Universo puertorriqueña que estuvo casada con Marc Anthony, salsero que la dejó por Jennifer López. No: nunca fui a su casa; la vi un día en una entrevista en la que ella hablaba de su rutina diaria mientras vestía a su bebé en un cambiador). Un mueble exclusivo para cambiar al bebé parece algo extravagante, pero podía gozar de esa extravagancia dado el precio del juego de muebles para bebé que encontré y dado que la abuela materna decidió que sería su regalo para el nieto. El mueble es una bendición, considerando que hay que cambiar al bebé más de diez veces al día, y agacharse sobre la cama o cualquier otro mueble para eso implica un dolor de espalda seguro.

2. El Boppy. Es un colchón en forma de U. Lo pedí en mi lista de regalos y luego lo borré por considerarlo innecesario. Cuando nació Pedrito León y empecé a amamantarlo, mi espalda estaba molida; al cansancio del trabajo de parto, se unió mi inexperiencia para amamantar a un bebé. Me recomendaron ponerme una almohada para ayudarme a sostenerlo, pero una era muy grande; aquélla, muy gorda; la otra, muy plana. A los tres días de estar en casa, le pedí a Pedro que comprara el Boppy. La maravilla: el colchoncito se coloca

alrededor de la cintura, y el bebé descansa sobre él mientras uno lo alimenta, aliviando la tensión en la espalda. Puede colocarse sobre el regazo mientras el bebé duerme cómodamente en tus brazos.

3. Depósito para pañales. Un bote de basura especial para que el olor de los pañales usados no perfume la casa; ¿necesito decir más?

Inventario

Octubre de 2005

Y la pregunta obligada: ¿a quién se parece Pedrito León? Cuando nació, mi mamá y yo coincidimos en que se parecía a Pedro. En el hospital, en donde la mayoría de los pacientes y enfermeras son de origen asiático, las enfermeras nos decían que Pedrito León tenía los ojos rasgados como ellas y como el padre del bebé; una de ellas me preguntó: "¿De dónde es su esposo?"; no me creyó cuando le dije que era mexicano: "Debe de ser tailandés", replicó. Ahora que ha crecido más, hay quienes dicen que se parece a mí y hay dos votos de que se parece a su tío Ayax. A lo mejor, la siguiente lista nos ayuda a decidir.

Rasgo	Parecido a
Cabello	Mamá
Frente	Mamá
Cejas	Mamá
Ojos	Papá
Nariz	¿Papá? ¿Tíos maternos? ¿Abuelo? ¿Ayax?
Cachetes	Papá, por supuesto
Orejas	Papá + mamá
Boca	Mamá
Barbilla	¿Mamá? ¿Papá?
Cuello	Papá
Manos y pies	Mamá
Vello corporal	Tío Paris
Proporción tronco / extremidades	Papá
Gestos	Papá

¿Y llora mucho?

Enero de 2006

Dos amigos me sorprendieron con esta pregunta. No; no llora mucho, pero hay más que decir acerca del llanto.

Imaginen estas escenas. Después de una noche en la que Pedrito León ha llorado desconsolado sin que sus padres encuentren la causa, ambos discuten qué le puede estar pasando al niño; la abuela materna interviene: "Es sano que lloren un poco". Semanas después, la abuela paterna carga a Pedrito León, que duerme plácidamente; de repente, Pedrito León se pone rojo y arruga la frente sin despertarse; le comunico a la abuela que el bebé tiene hambre y ella replica: "Pero no ha llorado".

Para nosotros (Pedro y yo), que Pedrito León llore significa correr hacia él para atender sus necesidades. Llora cuando le duele algo, cuando se despierta porque su pañal está sucio o cuando está fastidiado y no halla cómo acomodarse para dormir. Cuando tiene hambre, grita; primero gritos cortos y, si por alguna razón me tardo en alimentarlo, los gritos aumentan de intensidad y pueden llegar al llanto. En un par de ocasiones, ha llorado porque se siente solo en su cuna o en la sillita en la que lo transportamos en el carro. Así que llora poco porque, apenas comienza, lo atendemos o porque, en otros casos, no necesita ni empezar.

¿Es bueno que lloren los bebés? Pedro y yo crecimos rodeados de libros, por lo que, cuando se trata de enfrentarnos a nuestra ignorancia, son nuestro mejor recurso. Así, hemos descubierto que los niños a los que se les deja llorar tienen más problemas fisiológicos y psicológicos que los que son atendidos en cuanto empiezan a llorar. El llanto es la forma en la que el bebé se comunica; dejarlo llorar implica ignorar sus esfuerzos por decirnos lo que siente o necesita, y lo hace sentir inseguro de sí mismo. A la larga, los bebés ignorados se vuelven manipuladores, pues deben buscar otras estrategias para que les hagan caso. Así que Pedrito León no llora mucho porque no lo necesita y, tal como lo predicen los estudios reportados en los libros que hemos leído, cada vez llora menos y ríe más.

Todos los que han tenido hijos saben que los consejos nunca faltan y siempre hay alguno que comienza con "Nunca debes..."; es bueno escucharlos, pues siempre hay algo que aprender de las experiencias de los demás. Lo que hemos descubierto es que hay muchas cosas en las que no hay nada definitivo: cosas como el uso del chupón, en dónde debe dormir el bebé o hacer la circuncisión son decisiones que uno debe tomar de acuerdo con sus creencias y el carácter del bebé. Lo que es interesante leer en los libros son las consecuencias, pros y contras de muchas de estas decisiones.

Seguramente, Pedrito León nos hará saber un día nuestros errores como padres. Sólo espero que ninguno de ellos sea el resultado de algo que pudimos haber evitado con poca o mucha información. Con nuestra educación y recursos, yo lo consideraría un crimen imperdonable.

Dormir es un verbo irregular

Mayo de 2006

Eso me dijo el divulgador Javier Crúz (sí: este "Cruz" lleva acento). Nada más cierto. El primer mes, mi cama fue el lugar más acogedor del mundo; era como si el colchón me abrazara en cuanto me recostaba: apenas ponía la cabeza en la almohada, caía dormida. Quince minutos después, Pedrito León llamaba desde muy lejos, entre sueños; pero no era un sueño: había que levantarse, alimentarlo, cambiarlo y entretenerlo por media hora o dos; nadie sabía. Luego, la paz por treinta y cinco o setenta minutos; no importa: siempre parecía muy poco. Y otra vez: cambiar, alimentar, entretener. Mi fantasía era dormir dos horas

seguidas. Eso implicaba que Pedrito no pidiera comida durante dos horas: imposible.

Creo que éste es uno de mis grandes retos como mamá. Yo duermo, y duermo bastante; a veces nueve horas no me son suficientes. Pero, entonces, hubo que pepenar el sueño aquí y allá. Para la quinta semana, ya me había acostumbrado: con dormir unas seis horas a lo largo del día, lograba ser funcional y, a veces, hasta lograba sentirme descansada.

Pedro es lo contrario: insomne. Si se dormía antes de las once de la noche, a las cuatro de la mañana estaba despierto; incapaz de dormir otra vez, se levantaba a escribir, leer o ver la tele. Entre más ansioso estuviera por un proyecto, menos dormía. Entonces llegó Pedrito León, y Pedro andaba de arriba para abajo todo el día, encargándose de las compras, cuentas, comida, casa, mujer, hijo, etcétera. Para las once de la noche, estaba tan cansado que dormía ocho horas seguiditas y, si se podía, un poquito más.

Ahora, siete meses después de su nacimiento, Pedrito León duerme unas diez horas durante la noche. Nosotros no porque, de todos modos, pide comida mientras duerme: come sin despertarse y se acomoda de nuevo; si tenemos suerte, no pide comida hasta tres o cuatro horas después. Una lata, pero no hay queja: basta con verlo sonreír al despertarse, mientras nos mira con esos ojos que

destilan vida; entonces, no importa si dormimos una hora o toda la noche, un tsunami golpea nuestro corazón y nos reanima.

¿Y a qué hora tienes tiempo?

Mayo de 2006

A las dos de la mañana, Pedrito despierta. Lo alimento y puedo ver que no tiene ánimos de dormir. Me mira con la mirada de mi padre. Lo abrazo y nos vamos al estudio. Platico con él, pero Pedrito León sigue serio. Prendo la computadora. Pedrito no se inmuta; mira a su alrededor. Contesto correos de hace mes y medio con la mano derecha, mientras el brazo izquierdo se ocupa de cargarlo. Escribo algo nuevo en mi página. Subo fotos; les pongo encabezados. Pedrito sigue tranquilo. Hora y media después, hay un grito corto que pide comida. Nos vamos a la cama. Dormimos una o dos horas.

Ésas fueron las noches que me permitieron escribir historias. Pero no siempre hubo tiempo; había que trabajar. Ahora, por primera vez, Pedrito León está en México con su padre, y yo estoy aquí, en Pasadena. Hay tanto tiempo. Lavo ropa, limpio el baño, trabajo hasta las siete de la noche, escribo ese artículo de divulgación que me pidieron, veo mis programas favoritos sin interrupción, vacío mis pensamientos en páginas. Y entre todo eso, en cada nuevo quehacer, se cuela su sonrisa, la sensación de cargarlo y apretarlo contra mi pecho. Tenemos una videoconferencia y puedo verlo. Teclea, baja el volumen; por diez minutos, la computadora es su juguete favorito. Luego ya no y hay que despedirse, rápido, antes de que se desespere. Lo oigo protestar. Besos, adiós; la imagen desaparece. Frente a mí está todo el tiempo que ahora tengo, sin él. No puedo dormir. Lo extraño. Pienso que para el sábado estará aquí y entonces ya no habrá tiempo para nada, excepto para ser feliz.

Lo que no dicen los libros

Junio de 2006

Pedro y yo hemos hecho todo lo posible para informarnos, para no regarla mucho con Pedrito; aun así, hay cosas que nos han agarrado por sorpresa. Por ejemplo, cuando Pedrito León tenía un día de nacido, la enfermera me preguntó si le iba a dar chupón; "No sé", respondí. Yo había oído cosas malas de los chupones, así que decidí que no; luego, leyendo algunos artículos en libros e internet, Pedro y yo nos convencimos de que era mejor dárselo. Según lo que consultamos, el chupón ayuda al bebé a enfocarse, calmarse y ¡es mejor para sus dientes que chuparse el dedo! Al menos, lo primero resultó ser cierto: Pedrito estaba más

tranquilo con su chupón en la boca; a veces lo pedía para poder dormir y lo botaba cuando ya estaba profundamente dormido.

Creo que a las abuelas (paterna y materna) no les agradaba mucho la adicción de Pedrito al chupón, pero nos dejaron "echar a perder" a Pedrito a nuestro modo. Por nuestra parte, nunca nos preguntamos cómo haríamos para que lo dejara. Un problema a la vez.

Otro ejemplo. En nuestra imaginación, nuestro bebé dormiría plácidamente en la cuna que habíamos adornado con un móvil de animalitos, tres juegos diferentes de colchita, sábana y cabecera, y una colección de leones de peluche traídos por su abuela materna. Pero, ya estando con nosotros, la cuna nos pareció muy grande, muy lejana; así que Pedrito durmió en una camita pequeña, diseñada para situarse en la misma cama que nosotros de manera segura. La camita no cupo muy bien, así que la pasamos al mueble que usábamos para cambiarle los pañales, puesto al pie de nuestra cama; poco a poco, Pedrito León se rehusó a dormir ahí: en cuanto caía dormido en mis brazos, lo pasaba suavemente a su camita pero, tan pronto como su cabecita tocaba la cama, ¡zas!, se despertaba. Secretamente (o sea, a escondidas de Pedro), Pedrito León empezó a dormir sobre mi pecho; entonces ambos descansábamos, a veces hasta tres horas.

El problema se fue agravando: Pedrito León no quería dormir en su cuna o en su camita; sólo con nosotros. Dormido, estiraba la manita o un pie para asegurarse de que seguíamos ahí. Pedro leyó y leyó; así nos enteramos de que hay bebés que tienen mayores necesidades que otros, y que la mejor estrategia era darles lo que pedían para, después, poco a poco, irlos acostumbrando a otras cosas, como dormir en su propia cama. Yo me resigné de inmediato: Pedro tuvo premoniciones apocalípticas de un hijo adolescente durmiendo entre sus papás. Pero, sin importar nuestras predicciones y sabiduría, las opciones eran simples: dormimos todos en la cama o nadie duerme.

Para nuestra sorpresa, nos fuimos encontrando con muchas otras personas cuyos bebés durmieron en su cama. Aunque también estaban los que no veían nada bien eso de dormir con el bebé: "¿Y no tienen miedo de aplastarlo?", "Los bebés necesitan su espacio", nos decían. Nosotros, convencidos de que un niño no debe dormir en la cama de sus papás, pero sintiendo que no nos quedaba de otra, hacíamos planes para acostumbrar a Pedrito a su cuna. Todas las estrategias fallaron; finalmente, nos rendimos.

A los siete meses, Pedrito León intentó sacarme de la cama: todas las noches me pateaba y me empujaba tan fuerte que yo acababa en el borde; lo único que se me ocurrió fue pegar la cama y la cuna, quitando uno de sus

barandales. El resultado fue asombroso: Pedrito León estaba fascinado con su nuevo espacio: dio vueltas de un lado para otro, cantó, exploró el mundo tras los barandales. Ahora duerme en su cuna y, si intentamos dormirlo con nosotros o en los brazos, de inmediato protesta y pide su camita. Casi al mismo tiempo, dejó de pedir su chupón; cuando tratábamos de dárselo, unos minutos después lo botaba y, a veces, hasta se molestaba con nosotros por intentarlo.

Dicen los libros que, cuando un bebé se siente amado y protegido, va adquiriendo la confianza que requiere para convertirse en un ser independiente y seguro de sí mismo; pero ésas son guías generales; supongo que los detalles dependen de cada niño. No imaginábamos que Pedrito León haría por sí mismo algunas cosas que nosotros, inútilmente, tratábamos de obligarlo a hacer. Ahora sabemos que la paciencia y el amor serán recompensados con esos pequeños grandes logros y, entonces, ser padre no parece tan difícil.

Volver a Guerrero

Mayo de 2007

Voy camino a Chilpancingo; no recuerdo la última vez que estuve allí, pero tengo la memoria de mi padre sobre ella: en uno de sus viajes a Guerrero, mi padre se detuvo para observar el cielo; en sus brazos llevaba a su hija de dos años; cuando la niña miró aquel cielo negro cubierto de pequeñas luces, lloró. Ahora, desde esta pecera rodante, no veo el cielo; sólo lo imagino y me pregunto cómo sería aquella noche en la que vi por primera vez el cielo lleno de estrellas. Recuerdo a mi padre y las canciones que oía en los muchos viajes en carro que hacíamos cuando yo era

más grande; aquella canción, “Los caminos del sur”, va y viene en pedazos.

Mi padre ya no está, y aquella niña que lloró ante el cielo hoy es astrónoma y es madre. Miro a la ventana de nuevo: imposible; no hay estrellas que pueda ver. Vuelvo a mi universo personal; pienso en mi hijo, en las memorias que guardaré para él y que, un día, espero que se conviertan en sus recuerdos. Le hablaré de lo encantador de su sonrisa; de la vez que miró una hoja movida por el viento y se detuvo a observarla como si fuera algo vivo; de cuando, estando enfermo, me abrazó y me pidió sin palabras que le diera un beso y luego otro y otro hasta que se quedó dormido; de cómo luchaba para no dormirse, igual que lo hacía su abuelo. Su abuelo Ayax, al que no conoció pero que está en él, en su mirada, en su voluntad, en la potencia de su voz, en su fuerza, en sus ganas de vivir y no perderse ni una sola noche.

No sé cuántas estrellas puedan verse camino a Chilpancingo, pero llevo las que mi padre me dejó en aquella memoria y su emoción al contarla. Cierro los ojos y sueño con dejarle a mi hijo estrellas y universos enteros para su memoria.

El caso de la galleta de la fortuna

Mayo de 2007

Me encanta el dulce, así que siempre que puedo remato la comida con algún postre. En el restaurante de comida china en el que comimos aquel día, no había más que galletitas de la fortuna; la mía decía (en inglés): "Vas a recibir un gran honor". Una semana después, me comunicaron del Instituto de Geofísica de la UNAM que me habían nominado para recibir la Medalla Alfonso Caso; el mayor honor que puede recibir un estudiante de la Universidad Nacio-

nal por sus estudios de posgrado. Escéptica, pensé que no me la iban a dar.

En junio de 2004, casi un año después de la profecía, tuve en mis manos la medalla con mi nombre grabado.

¿Cómo ves?

Mayo de 2007

La revista *¿Cómo ves?* me ha distinguido al escoger mis artículos para las portadas de tres de sus números. El de marzo de 2007 resultó mucho más especial, pues era el número 100; lo fue tanto que lo presentó el mismísimo rector de la UNAM, Juan Ramón de la Fuente. Aunque estuve en la presentación, no me pregunten qué dijo; yo estaba muy ocupada, persiguiendo a Pedro León por el Museo de la Ciencias, Universum, en donde fue el evento.

Inteligencia terrestre

Mayo de 2007

En 1999 conocí a Frank Drake: estábamos en una escuela de astrobiología en Caracas, Venezuela; me asombró que estuviera presente en todas las conferencias, incluso en las de los estudiantes. A partir de entonces, me lo encontré varias veces en otras reuniones científicas; siempre le preguntaba "¿Me recuerda?", y él decía "Sí, Antígona; ¿cómo estás?" (así, tal cual, en español). En abril de 2007, lo invitamos a la Reunión de la Sociedad Mexicana de Astrobiología (SOMA); como la organizadora del evento, me tocó convivir mucho más de cerca con él; fue una hermosa experien-

cia. Frank Drake es un hombre afable, siempre dispuesto a hablar con la gente y, en especial, con los estudiantes.

Para quienes no sepan de quién estoy hablando, Frank Drake es uno de los padres de la teoría sobre comunicación con inteligencias extraterrestres. La famosa ecuación que lleva su nombre, en principio, sirve para determinar cuántas civilizaciones comunicativas puede haber en nuestra galaxia; su mayor importancia radica en que ha permitido organizar muchas de las incógnitas que la ciencia debe resolver para buscar vida extraterrestre en general.

En la Reunión de la SOMA, mencionó mi trabajo de investigación en varias ocasiones; sí: leyó mis artículos y habló de sus resultados como parte importante en la búsqueda de vida en otros mundos. En fin, si no encontramos inteligencias extraterrestres, me conformo con el placer de haber convivido con la inteligencia de Frank Drake, quien tiene los pies muy bien puestos en la Tierra.

Volver al pasado

Mayo de 2007

Todo empezó con una llamada. Para mi sorpresa, mi mamá me comunicó con el director de la preparatoria en la que estudié hace... algunos años en la ciudad de Aguascalientes; el profesor Cuauhtémoc me invitó a dar una conferencia, aprovechando que yo estaría de visita unos días antes de la Semana Santa.

El 2 de abril, como el desastre absoluto que soy, llego rayando a la Preparatoria Federal por Cooperación Licenciado Benito Juárez con bebé, pañalera, madre y hermana. El auditorio de la escuela está rodeado por jóvenes con uniforme; eso es nuevo: en mis tiempos (dirían), no

usábamos. Entro al auditorio y pienso que lo recordaba más grande. Un profesor me indica que los estudiantes no pueden entrar hasta que mi ponencia esté lista para comenzar. Mientras tanto, veo a los que fueron mis profesores de química, física y cálculo acomodarse en las sillas de enfrente. Saludos, abrazos, recuerdos. Finalmente todo está listo. Los estudiantes entran y doy mi conferencia.

Lo mejor viene al final: el profesor Cuauhtémoc Reyes Guerrero me hace entrega de un arreglo floral, un reconocimiento por la conferencia, una estatua del Quijote y, lo mejor, el reconocimiento Profesora Rosa Guerrero Ramírez por mi carrera profesional. Tomé el micrófono y ¡estaba muda!; sólo pude dar atropelladamente las gracias y reconocer a mis profesores de aquella época, de los que, por cierto, tengo maravillosos recuerdos… bueno, no de todos, pero los mejores estaban ahí. Me sorprendió mi repentino mutismo, del que el profesor Cuauhtémoc me salvó retirándome el micrófono. Todo era una sorpresa y, como nunca, estaba nerviosa enfrente de aquellos estudiantes que aplaudían a una desconocida que alguna vez había ocupado su lugar.

El nacimiento de la orquídea

Septiembre de 2013

Una mirada la sacó de su sueño. Huyó sorprendida, escondiéndose detrás de sus párpados; siguió caminando. El sueño no regresó; la inundó el ruido de la calle, las miradas que salpicaron la suya, la sensación de caminar erguida. Se encontró sonriendo, inevitablemente. Dejó atrás la precaución de ocultar sus ojos y su sonrisa.

Luego fueron las llaves abriendo la puerta, el leve chasquido del apagador, el ritmo de sus pisadas hasta el cuarto. Olvidó planear lo que haría hasta el momento de dormir. Dejó caer la ropa y los zapatos, sólo para cubrirse de nuevo con un vestido que resbaló sobre sus hombros. Debajo de él

se sabía desnuda, igual que sus pies que tocaron el piso en silencio, recordándole que seguía atada a la Tierra.

En la cocina, el cuchillo cortando la cebolla adquirió ritmo propio mientras la punta de su lengua saboreaba la humedad involuntaria que resbalaba de sus ojos a sus labios. El aceite tronó, abrazando la cebolla. La cocina se inundó de olores. Miró la silla vacía frente a ella; regresó al sueño mientras su boca le hablaba de sal y especias.

Bebió el vino, esperando ese ligero mareo que le permitiera viajar en el tiempo; necesitó algunos tragos más para llegar a ese punto en el que, sentada en ese mismo lugar, del otro lado, una voz comenzaba el sueño. Extrajo de su memoria trozos de la conversación; repasó las sonrisas, las preguntas. Sin pensarlo, sus pasos la llevaron a la regadera.

Salió del sueño por un momento para concentrarse en jugar con la temperatura del agua hasta replicar la tibieza de aquellas manos que ahora estaban tan lejos. Aceptó la caricia del jabón como la única posible y regresó a su sueño. De la imposibilidad de repasar cada detalle, nació una suave angustia: el viaje en el tiempo se interrumpía en cada hueco de la memoria y había que hilarlo con el siguiente recuerdo disponible.

Ya inmóvil sobre su cama, regresó en el tiempo, un poco más atrás, hasta la primera vez que sus manos se tocaron y, casi por accidente, quedaron entrelazadas.

Sorprendentemente, la voz de él continuó, como si esa mano no le perteneciera. El silencio tardó en llegar, mientras ella se esforzaba por ocultar su rostro, donde los labios temblaban. Se aferró a esa mano con la esperanza de apagar el temblor, pero sólo consiguió llevarlo hasta el centro de su pecho.

Entonces fue el silencio; una mano sobre su mejilla le supo a promesa que, unos segundos después, fue rota por esos labios que estaban demasiado lejos: "¿En qué piensas?", preguntaron. Se esforzó por responder, por mirar sus ojos. Deseó que el silencio fuera la respuesta correcta, pero él seguía esperando a veinte centímetros que parecían un océano.

Tuvo que decir algo y, desde el fondo de su memoria, su voz la regresó al presente. Sonaba tan absurda ahora. Repasó el recuerdo, suplantando frases, y terminó convencida de que lo mejor habría sido no decir nada. Decidió entonces cambiar el pasado, saltar desde el primer silencio hasta el momento en el que cruzaron el océano. Repasó la travesía hasta encontrar el segundo preciso cuando los labios se tocaron por primera vez. Intentó seguir la madeja de sensaciones enredadas en el recuerdo. Las manos que apretaban su espalda, los labios que no podía dejar de besar, el peso de su cuerpo, las piernas que se enredaron entre las suyas.

Confundida entre el antes y el después, la causalidad se volvió absurda. Se perdió en el tiempo y, buscando hilar de nuevo la historia, se descubrió rodeada de ternura. Cada movimiento, cada beso eran llevados por esa sensación de haberse convertido en algo frágil: una orquídea trasplantada con pasión y delicadeza. Entonces ya no importó si viajaba al pasado o al presente; armar la historia en el orden correcto se volvió irrelevante. Saltó de un recuerdo a otro hasta que sintió haberlo repasado todo: desde el cruce del océano hasta la llegada al puerto, llevados por una sonrisa que brincó desde ella hasta él.

El sueño se mezcló con ese otro que devora las horas y las devuelve como segundos. El sol y ella despertaron detrás de las nubes. Con el sol aún escondido en su capullo gris, la habitación se llenó de luz. Ella, salida del sueño como mujer orquídea, tenía ternura para brillar por mucho tiempo.

Anécdota sobre la puntualidad alemana

Diciembre de 2013

I

Tres mexicanos llegan a la estación de tren de Leipzig. Hay una nueva zona, recién estrenada la mañana del domingo; los locales toman fotos emocionados con el nuevo andén del tren. Un túnel de concreto gris. Son las 4:10 p.m.; el tren que espero sale a las 4:20 p.m. El letrero electrónico anuncia diez minutos de retraso. Parece el metro a la hora pico; no como Balderas, sino como Etiopía. El tren de las 3:45

p.m. llega a las 4:15 p.m. Los locales se amontonan en las puertas, no caben, buscan otras puertas, hacen fila; casi se va el tren. Desde el andén vemos montones de lugares vacíos lejos de las puertas, pero los alemanes sólo se apilan en la entrada; en México se habrían empujado unos a otros hasta distribuirse uniformemente. Nosotros somos maxwellianos (nota para mis amigos ñoños). Los mexicanos ríen divertidos.

II

Así, mi tren sale con casi veinte minutos de retraso; justo los que necesito para transbordar en la otra estación. Ya en el tren, el hombre que revisa los boletos me dice alguna cosa en alemán que, por supuesto, no entiendo; la chica del asiento de enfrente (que me oyó hablar con mi hijo en el teléfono) me dice en español que el tren que voy a tomar después está retrasado también. Maravilloso, pienso; doy las gracias en alemán. Llego a la estación en donde debo tomar el otro tren. Corro de la puerta 3 a la 9; subo escaleras; alcanzo a ver el tren allá arriba, con las puertas abiertas; subo rápido mientras las puertas del tren se cierran lentamente casi en mi nariz. Y ahí va: mi tren directo a Heidelberg, sin mí.

III

Bajo las escaleras, supongo que claramente consternada. Un hombre me saluda en inglés: dice hola y pregunta si necesito ayuda; yo contesto que acabo de perder el tren; él me dice que debo ir a la caseta de información. Me guía. En el camino me pregunta qué pasó; le cuento de los trenes retrasados. Llegamos a la caseta de información y él explica en alemán lo que me sucedió. Una enorme alemana detrás del mostrador revisa detalles en la computadora y bromea con él (supongo, porque ambos ríen); luego le pone un sello a mi boleto. Mi guía me explica que debemos ir a otra oficina por mis boletos nuevos. Tomamos un número (sólo hay dos personas más, pero hay que seguir la regla).

Mi acompañante platica conmigo; ha estado en México y habla un poco de español; prefiero hablar en inglés porque no sé si realmente entiende todo lo que digo, pero él insiste en contestar en español, así que vuelvo a mi idioma, sólo que hablo despacio. Mi turno. Otra vez, mi acompañante toma la palabra y le explica la situación a la mujer tras el mostrador. Y por fin tengo un boleto nuevo sin costo alguno; todo lo que debo hacer es transbordar ¡tres veces!

IV

Reviso mi nuevo itinerario y descubro que mis tiempos de transbordo son de cinco a diez minutos. Pregunto si no hay otra forma. Me explican que el tren que me dejó sólo sale una vez los domingos; ésta es mi opción ahora. Curiosamente, mi nueva hora de llegada será sólo sesenta minutos después que la original; mi nuevo pasaje incluye dos trenes exprés. Tengo casi una hora antes de abordar el nuevo tren. Mi guía no se ha separado de mí y ahora pregunta si quiero tomar algo; necesito fumar, contesto.

Me acompaña fuera de la estación y fumo. Ahí me entero de que es iraní; me sorprendo: el hombre es blanco y de ojos claros; dice que casi nadie sospecha de dónde viene. Regresamos a la estación después de mi cigarro. Pregunta de nuevo si quiero comer algo; le explico que acabo de comer y le agradezco. Me pregunta si quiero sentarme; digo que sí y busca asientos en la estación. La plática continúa con la distribución geográfica de su familia: sus padres en Chicago y sus hermanos en California. Yo estoy ansiosa: quiero regresar al andén; pero me hace notar que falta media hora y que hace frío afuera. Eso es cierto. Esperamos.

V

Veinte minutos antes de que salga mi tren, él ve el reloj y me dice que ya podemos ir al andén. Me dice su nombre y yo le digo el mío; hablamos de Antígona, la de Edipo. Luego me entero de que habla griego y de que vivió en Grecia; me cuenta que también habla armenio y que está en Alemania como refugiado. Esperar veinte minutos en el frío resulta más largo de lo que pensé. Decido fumar otra vez. Hay un cuadro amarillo en el suelo, sobre el andén, que marca la zona de fumadores; no hay paredes, nada; sólo una línea amarilla. Fumo una vez más. El tren está a punto de llegar y mi acompañante pregunta si puede visitarme en México. Yo sólo sonrío. Me pregunta si soy casada; yo le contesto que tengo un hijo. Él insiste: "¿Pero, eres divorciada o casada?". "Casada", contesto. El tren llega y nos despedimos. Olvidé su nombre.

VI

Estoy en el tren. Mi parada es la que sigue y trato de mantener en mi memoria los datos del próximo tren; según mi itinerario, llegaré al andén 3 y debo ir al 2. Mi vagón y lugar están indicados en el mismo boleto. Llegamos justo a

tiempo y tengo seis minutos para llegar a otro tren que, ¡oh, maravilla!, sale de ese mismo andén sólo que en las vías del otro lado. Primer transbordo: listo. En este tren tengo casi tres horas; puedo dormir (lo necesito de verdad). Busco mi vagón, caminando entre estrechos pasillos, sin éxito.

Pregunto a un hombre que es el vivo retrato de Santa Claus y que porta uniforme de Bahn (la línea de tren alemana); le muestro mi boleto y él me explica en alemán. Creo entender que no puedo llegar a mi asiento pero prefiero preguntar si sabe inglés. No sabe. Saca una libreta y me hace un dibujo: un tren pegado a otro tren. *Ok*. No hay forma de pasar de uno a otro pero van juntos; en un tren están los vagones 21 a 27 y en el otro del 31 al 37. Yo estoy en los veinte y debo pasar a los treinta.

No he podido quitarme la chamarra y la gorra; muero de calor.

VII

En el tren correcto, pero sin poder llegar a mi asiento hasta la siguiente parada. Me siento en el restaurante del tren y tomo una cerveza (al pueblo que fueres, haz lo que vieres). La siguiente parada es unos minutos más tarde. Bajo. El tren es larguísimo y apenas puedo avanzar dos vagones;

temo que me deje y subo de nuevo; esta vez me aseguro de ir hasta el extremo del tren. Ahí me reencuentro con Santa Claus que, con señas, me indica que en la siguiente parada baje y vuelva a subir; hace gestos varias veces para asegurarse de que entiendo. Me siento en el suelo, al lado de mi maleta. Minutos más tarde, Santa Claus regresa con un maletín y se para en la puerta; llegando a la estación, me hace una seña para que me acerque, toma mi maleta y me lleva hasta la puerta del vagón donde me espera mi asiento. Agradezco en alemán. Muchas veces.

VIII

Por fin, mi asiento. Quitarme la chamarra, la gorra, los guantes; dormir. Caigo profundamente; me despierto a las 8:00 p.m. y, luego, antes de las 9:00. Si todo va bien, a las 9:49 p.m. estaré en Frankfurt, en donde tomaré el tercer tren de la noche, que sale a las 9:53 p.m.Noto que los andenes de llegada y salida son 4 y 5; guardo la esperanza de que el proceso sea el mismo: cruzar el andén para encontrarme con mi siguiente tren del otro lado. Necesito mantenerme despierta: leo. Llego a Frankfurt; del otro lado espera el siguiente tren. Bien por la puntualidad alemana.

IX

Sólo dos trenes más. En Frankurt tomo el tren a Mannhein, y de ahí otro tren a Heidelberg. Último reto: pasar del andén 4 al 9 entre las 10:24 p.m. y las 10:37 p.m. Avisan la siguiente estación. Gorro, guantes, bufanda, computadora, maleta. Listo. Camino tan rápido como mi maleta con rueditas me lo permite. Hay que bajar al pasillo que conecta los andenes y subir de nuevo en el andén correcto. Bajo escaleras, camino, tomo el elevador. Se siente lentísimo. Ahí está el tren rojo; el último. 10:53 p.m.: estoy en Heidelberg.

Jetlag

Diciembre de 2013

Heidelberg, 2:00 a.m. Me despierto, pero no realmente. Podría volver a dormir, pero no puedo. El gato de Cheshire se está riendo de mí y hay un dolor en medio de mi pecho. Se ríe. Recuerdo cuando me hacía preguntas extrañas y yo tenía respuestas absurdas y los dos reíamos. El gato se ríe de mí, pero no realmente; no está ahí: ni una raya, ni siquiera su enorme sonrisa. Me despierto. Desempaco: todo está organizado ahora. No puedo dormir. Hay una sonrisa persiguiendo una memoria en mi cabeza. Tomo un gran abrigo y fumo afuera del edificio. Frío, humo y esa sonrisa. El dolor. Regreso; leo un libro. La misma historia

es repetida por un personaje diferente en una carta, en una grabadora. No estoy segura de qué entiendo; leo de nuevo. Olvido al gato, el dolor; y entonces hay algo en el libro: una memoria atrapa esas palabras. La dejo ser. Trato de dormir. Me doy cuenta de cómo la memoria ha cambiado en las últimas semanas; pasa lo mismo en mi libro, pero aquí sólo hay un personaje: yo, cambiando la historia, recordando —sólo inventando— nuevos detalles. *Jetlag*. Necesito dormir; sólo tres horas. Hay trabajo que hacer; planeo qué ponerme mañana… no: es hoy, en unas horas. No puedo dormir; escribo. Inglés; extraño, pero parece natural ahora. El gato se ha ido pero dejó atrás el dolor. Tal vez sólo es una pesadilla. Necesito despertar y dormir.

Año nuevo

Enero de 2014

Sé que el tiempo es el mismo desde hace más de trece mil millones de años, cuando, de una singularidad, se convirtió en el universo.

Sé que sólo puedo aceptar lo insignificante del momento al que llamo segundo, y que se escapa ahora.

Sé que el resto del universo permanece inmutable mientras nos sentimos magníficos, desdichados, eternos, mortales.

Desde nuestra insignificancia decidimos reiniciar, etiquetar el tiempo y darle sentido.

Recordamos el pasado, creamos el presente, imaginamos el futuro.

El resto del universo seguirá su curso, sin memoria, sin sentido, sin elección.

Escucho el reloj, las campanadas; aquí adentro, en este universo de sentidos, empieza algo nuevo.

Allá afuera, los sonidos se pierden en la nada.

Diario del olvido. Día 1

Febrero de 2014

Repaso las cosas que puedo hacer mientras lloro: lavar ropa, limpiar la casa. Hay un límite borroso arriba de mi cama, hipnótico. Me siento en el borde. Duele el piso en mis plantas y tu nombre en mi cabeza. Te repaso al azar, del primer beso al último. Sólo tengo que dar un paso; luego, el que sigue.

Más allá de la ventana hay un colibrí. Me concentro en sus alas invisibles. Recuerdo un poema sobre una ciudad en donde hay pájaros. Pienso en lo que dirías; en el sinsentido de extrañarte, de llorar; en lo inevitable.

El día transcurre lento entre el ritmo mecánico de la lavadora, el chorro del agua, mis manos húmedas. Cuento las horas para regresar a la cama, a tu fantasma, al sueño.

La música me lleva siempre al mismo lugar. Evito lo evidente: la canción que cantamos juntos, la música de fondo en nuestra primera cita. Pero igual te encuentro. Pienso en que te reirías de esa canción absurdamente trágica, que esta otra te describe tan bien y que la que sigue habla de cómo te extraño.

Debo ensayar mi acto de mañana. Llorar sin lágrimas. Será otro día interminable.

Diario del olvido. Día 3

Febrero de 2014

Hoy he decidido extrañar algo más. La mano de mi abuela en mi cabeza. La primera vez que me sentí fantástica en un vestido rojo (tenía siete años; era el cumpleaños de mi hermano). El beso a escondidas con sabor a mandarina cuando tenía doce. La mirada orgullosa de mi padre, impresionado por lo que yo creía simple y lógico. Cuando pensé que el amor sería para siempre, a los veintitrés; cuando me sentí tan comprendida, tan única. El capítulo siete de *Rayuela* y esa voz que me dijo "más despacio". Aquel regalo especial para mis treinta: mis amigos construyendo un sueño. Enloquecer con ese olor imperceptible, capaz de hacer

desaparecer el dolor más profundo, el que jamás se ha ido. Romper la ley de la gravedad con un bolero. El encuentro perfecto, sin expectativas, sin nada más que el estar y, sin embargo, saber que estaría por siempre, dos horas, doce años. El rubor de esa amiga que ha sido todo: sueño y pesadilla. Dar a luz a la ternura y luego verla crecer más allá de mí. Dejarme llevar, romper conmigo misma y reencontrarme. Todas las risas compartidas. Reconocerme en aquéllos que comparten mi sangre; pertenecer. Cada persona que me ha querido, incluso los que perdí; no importa si fue mi necedad o el azar.

Eso debe ser suficiente, al menos por hoy, para no pensar en ti.

Diario del olvido. Día 4

Febrero de 2014

Mis amigas me reconfortan con relatos de amor. Aquél que comenzó con una mirada entre dos extraños de continentes distintos y que se hizo cierto entre conversaciones que saltaron un océano. Otro más, tan intenso; un tsunami que se detuvo mar adentro con una despedida inevitable y fue entonces cuando ella encontró a otro, a su gran amor, el que se quedó para siempre. Sus historias tienen finales felices. No como los finales que yo conozco: los míos. La despedida planeada que llegó sin llanto. La otra, la del corazón roto que abría el pecho para reclamarme cada beso, cada segundo invertido en una fantasía absurda.

La última, la del amor que se fue deshilando gastado de rutina; el retrato perfecto en el que nos volvíamos viejos juntos, desgastado entre nuestras manos aburridas, cansadas.

Me cuentan historias, me dan esperanzas; llegará alguien más. Listan tus defectos; a veces callo, a veces coincido, a veces agrego uno más. Pero no es suficiente; abrazo tu recuerdo, el de un amor que no fue, la despedida que no llegó. Son las posibilidades rotas por tu silencio; todo lo que caminaste hacia mí, conmigo, mientras que en realidad huías; eso es lo que duele.

Diario del olvido. Día 10

Febrero de 2014

Las cosas que más añoro son las que jamás hicimos. Caminar de la mano inundados por el brillo del día; todo verde y murmullos. Seguirte por un día entero, desde tu sonrisa hasta el amanecer; prepararnos para no despedirnos; aprenderte. Inventar un nuevo platillo juntos —sin duda lo mejor que jamás haya comido—; compartirlo entre vino y sueños. Recorrer calles desconocidas y observarte hasta descubrir la forma en la que atrapas la belleza de las cosas simples. Besar la curva de tu barbilla; seguir por tu cuello hasta tu hombro. Bailar despacio esta canción que no he dejado de oír desde tu ausencia. Saber que me quieres a tu

lado, aun en los días más difíciles. Elegir una película, un concierto, una exposición, nuestro futuro. Abandonarnos al azar; sorprendernos. Contemplarte en silencio, mientras te sumerges en mundos a los que no puedo seguirte. Enseñarte a llevarme hasta ese lugar en donde sólo hay presente, en donde, por segundos, el amor es eterno. Saberte aquí, a mi lado, aun en tu no estar.

Diario del olvido. Día 20

Febrero de 2014

No intento olvidarte; sin embargo, no recuerdo tu voz. Quedaron sólo unas cuantas frases. Una que me hizo reír; otra implacable que me enfrentó al pasado; algunas más con las que inundo mi cabeza en los días tristes; ésas que, entre detalles, risas y abrazos, me condujeron a este camino. Las que, sin que lo pidieras, me hicieron seguirte, ciega, drogada por un sueño imposible. Puedo verte, aun cuando está oscuro. "Me encantas", dijiste, mientras salías a flote después de perderte en el océano. Entonces puedo recordar tu voz, aunque a veces me pregunto si no es un

eco que rebota en esta cabeza absurda que te piensa demasiado. Tengo miedo, ahora, de olvidarte.

Infinito

Marzo de 2014

Mi hijo y yo no siempre hemos sido cercanos. Se acostumbró a los brazos de su padre y muy pronto aprendió a llamarlo. No fue así conmigo. Por más que insistíamos, el bebé no decía "mamá". Yo solía mirarlo a los ojos para decirle despacio "mmaaa-mmmaaaá"; su repuesta era "no". Un día, cuando él tenía un año y tres meses, yo dije "ma-má" y él contestó, imitando mi entonación, "pa-pá". Entonces me rendí. Y no es que yo fuera una madre poco cariñosa; al contrario, podría decirse que era incluso encimosa. Me gustaba abrazar a mi bebé y llenarlo de besos en la redondez perfecta de sus mejillas.

Cuando comenzó a quejarse de mi cariñoso comportamiento, respetuosamente le preguntaba "¿Cuántos besos quieres?"; solía contestar "ninguno". Aun así, no podía evitarme; yo le explicaba: "Si tuve un hijo fue para darle besitos". Luego, se volvió un juego; yo le decía "Hoy no quiero ni un beso, ¿eh?"; él de inmediato se lanzaba sobre mí y yo hacía como que no me gustaba nada mientras lo abrazaba fuerte y le devolvía cada beso recibido. Un día, en vez de contestar que no quería ningún beso, dijo que quería, exactamente, cero besos. Yo insistía: "¿Seguro?; ¿no será que quieres dos o diez?". "No, mamá: cero".

Mi hijo y yo nos encontramos en la ciencia; me acompaña a cada evento en el que participo y no pierdo la oportunidad de hablarle de planetas y estrellas. Su capacidad para entender conceptos abstractos me sorprende, siempre. El proceso de la suma lo dedujo a los cuatro años, cuando se dio cuenta de que, si juntaba uno y uno, eran dos. Un día quise impresionarlo con la banda de Moebius y, cuando le dije "A ver, ¿cuántas bandas obtengo si la corto a la mitad?", contestó, casi aburrido, "Pues una, mamá". Luego fue la notación científica y el infinito. Fue entonces cuando resolvió el problema de la mamá encimosa. Yo pregunté "¿Cuántos besos quieres?", y él dijo "infinito". No me quedó más que sonreír y abrazarlo; tuvo que conformarse con un beso en cada mejilla. Hay límites, incluso para una madre.

Después del asalto

Marzo de 2014

Una noche antes, habían asaltado a mi amiga, la que vivía en el piso de arriba. Les quitaron el carro, a ella y a su novio, a punta de pistola; lo habían sacado dos días antes de la agencia: nuevecito. Mi novio y yo nos ofrecimos a ayudarles: llevarlos a la delegación o algo; dijeron que sí, pero al final se fueron solos. En el Ministerio Público los maltrataron y, a la semana siguiente, se habían mudado. Nosotros teníamos fiesta la noche siguiente al asalto. A nuestro carro nunca le había hecho caso ladrón alguno. Yo odiaba ese auto: no era ni grande ni pequeño; por dentro daba la sensación de ser un carro casi de lujo con asientos amplios

y automático; mi novio amaba eso. Así que, igual con todo y el susto que le habían metido a mi amiga, nos fuimos de fiesta.

Mi novio era de ésos que toman y pueden perderse. Yo nunca le contaba los tragos; no era necesario: sólo lo veía transformarse poco a poco, pedir cada vez más atención con su voz profunda y una anécdota que, por supuesto, era la única que valía la pena ser escuchada. Me las sabía todas, aunque siempre cambiaba algo; casi nunca importaba, excepto cuando hablaba de cosas que nos habían pasado juntos. A veces eso sí me enojaba, pero me quedaba callada; hacer escenas en público no era lo mío.

Mi papá no tomaba, nunca; si le insistían, él decía que era diabético; entonces le ofrecían algo que el anfitrión creía que no era malo para su condición; en ocasiones mi papá aceptaba y el trago se quedaba ahí, intacto. No era de los que les gusta dar explicaciones, pero a nosotros, acá en familia, como parte de la educación que debía darnos, nos contaba de cuando sus compañeros de trabajo se emborrachaban: no soportaba cómo se perdían, y es que el control sobre uno mismo era importante, lo más importante. Uno podía sobreponerse a todo: el dolor, las desveladas, el hambre, el miedo, todo, siempre y cuando uno tuviera el control de sí mismo. Así que no bebía y tampoco dormía, porque entonces, dormido, su autocontrol lo abandonaba.

Argumentaba que la mente era poderosa; aunque en realidad su cuerpo vencía en algún momento y al final ese abandono, el del sueño, le ganaba siempre.

Mi papá no tomaba nunca y yo jamás conviví con un borracho. Eso sí: mi mamá no se libraba de las vergüenzas públicas: mi papá dejando con la mano estirada a alguien que lo saludaba amablemente, contestando con monosílabos a quien trataba de conversar con él o sonándose la nariz escandalosamente, en medio de un restaurante, con el paliacate que siempre llevaba consigo. Mi mamá solía no decir nada o casi nada; apretaba la quijada y se guardaba el rencor hasta que se le salía con alguien más, en un comentario certero, hiriente. Una frase de ella podía ser mortífera. Pero no eran nunca contra él; su rebeldía era la desobediencia activa: hacer cosas que mi papá no quería que hiciera. A veces, él no se enteraba, pero supongo que mi mamá lo saboreaba igual, sin saberlo.

La noche después del asalto a mi amiga, nos fuimos de fiesta y mi novio se emborrachó. Tuve que manejar de regreso a la casa, en ese carro que odiaba. Tardé como diez minutos en estacionarlo porque nunca podía calcular si ya estaba a buena distancia de la banqueta o si le iba a pegar a los otros carros. Parecía tan grande por dentro, pero, por fuera, en realidad no lo era. En esos diez minutos, él vigilaba que no hubiera asaltantes. Estaba enojado; recordaba

el asalto de la noche anterior y lo que nos contó mi amiga que había pasado en el Ministerio Público. Y, por supuesto, tenía que hacer algo porque él odiaba las injusticias. Si un carro se le metía a la brava en medio del tráfico, él hacía lo mismo. Había que educar a la gente para que se portara con algo de civilidad. Así que se le metía enfrente una y otra vez, frenando bruscamente, para que el otro conductor aprendiera su lección. Reclamaba todo: el empujón en el autobús, la falta de cambio en el súper; todas las cosas injustas con las que el resto del mundo había decidido fastidiarlo.

La noche de la fiesta estaba enojado. El asalto no era una injusticia que pudiera reparar así nada más. Llegando al departamento, buscó su pistola; una muy linda que su papá le había regalado. Intenté distraerlo sin éxito; finalmente la encontró y abrió la ventana. Me dijo que estaba seguro de que los asaltantes estaban ahí; yo pregunté desesperada qué pensaba hacer. "Voy a matarlos", contestó. Mi papá usaba pistola, por su trabajo; me enseñó a cargarla, a quitar el seguro y a disparar. Nunca me dieron miedo, excepto esa vez que jugué con mi hermano a ponernos el arma de mi papá en la cabeza y apretar el gatillo; estaba descargada, pero igual tuve miedo.

Esa noche, la de la fiesta, volví a tener miedo. Pero no era por la pistola. Mi novio esperaba en la ventana para matar a alguien. Una sombra cruzó a una cuadra de distancia y él

exclamó: “Mira: ahí va el asaltante”. Yo exponía argumentos: “Esto no vale la pena”, “¿Cómo sabes que esa persona es un ladrón?”, “Te vas a ir a la cárcel y ¿para qué?”. Tenía miedo de perderlo. Intentó estirar el brazo para apuntar, tal como lo habían entrenado. Le pedí que me devolviera el arma; se negó y yo insistí mientras resbalaba mi mano por su brazo. Supliqué, ya con mi mano sobre la suya, que apretaba la empuñadura de la pistola. No cedió.

Tomé el arma por el cañón y lo dirigí hacia mí. Se desplomó vencido, llorando. El arma quedó en mis manos; la devolví a su estuche y regresé a abrazarlo. Lloramos juntos hasta que dejé de sentir el latido de mi corazón. Llevé a mi novio a la cama y lo vi quedarse dormido. Me recosté a su lado, luchando contra el sueño, mientras trataba de calmar un dolor indefinido, una astilla helada en algún punto, muy adentro de mí.

Un año después, mi novio y yo nos casamos. Un amor para siempre, como el de mis padres.

Dany

Marzo de 2014

Vamos muriendo cada día o vivimos hasta que nos sorprende la muerte. A Dany no lo sorprendió: se supo mortal a la edad en la que la muerte sólo existe como algo lejano que le pasa a los viejos. Para los que lo quisimos tanto, Dany se fue demasiado pronto; no importa si fue ayer o si hubiese sido en diez años, su ausencia final siempre nos parecerá anticipada e injusta.

Dany eligió vivir cada día; a veces con una fuerza que el médico no podía comprender, a veces dominado por la fragilidad de su cuerpo que iba limitando su andar y su corazón. Tuvo veintitrés años para entregarse; para irnos

dejando pedacitos de vida, ternura, amor. No hubo nadie que se salvara: bastaba hablar una vez con él para caer en su sensibilidad; ese abismo tibio en el que uno deseaba vivir atrapado. Los corazones más duros se derritieron con su presencia; se quebraron en su ausencia. Los más sensibles se reconocieron en él. Creyentes y ateos pedimos un milagro que nos permitiera disfrutarlo siempre. Lo amamos todos.

Tuvo días felices, días de dudas y miedo, días de enojo, pero siempre envuelto en nobleza y ternura. A pesar de esta ciudad —la más cruel pista de obstáculos entre tanta gente mezquina que pretendió insultarlo—, a pesar de lo injusto de su destino, jamás hubo en él una gota de amargura.

Llegó el día de resignarnos a tu ausencia, Dany. No pude llorar durante horas. Vi llorar a tu madre, mi mejor amiga, la que me dio el privilegio de conocerte cuando tenías como cinco años. Vi a tu padre agobiado por el peso de tanto dolor. Vi llorar a tus amigos y a las mujeres que te quisieron. Ante tu cuerpo, desfilaron tus amigos; hablaron de sus aventuras contigo, de cómo aprendieron de tu lucha constante, de esa fragilidad que emanaba tanta fuerza. Hubo música, tal como lo pediste. Oímos una y otra vez una canción interpretada por tu voz; esa voz irremplazable, no sólo por su tono sino porque llevaba la fuerza vital que te dio la certeza de la muerte. Coreamos con Miguel Ríos

“Todo a pulmón” y luego con Pink Floyd “Wish you were here”. Cumplimos todos tus deseos, excepto no llorar.

Yo lloré más tarde, en el amanecer después de tu partida. Durante años he visto irse a seres queridos, pero es tu muerte la que me regala lo inaprensible del sinsentido de la vida. Hay tantas cosas que simplemente son, más allá de nuestro control y nuestros deseos; aunque uno se esfuerza por darles sentido, por explicarlas y comprenderlas. Pero ni el médico más brillante pudo entender por qué rechazaste el nuevo corazón que latía en tu pecho —después de uno de tantos trasplantes que había hecho, de forma casi rutinaria, siempre con éxito—. Ni tu familia puede comprender por qué naciste con distrofia muscular; porque, más allá de la explicación de la ciencia, siempre les parecerá la más absurda de las injusticias.

En esa hora, cuando amanecimos sin ti, con tu cadáver a cuestas, acepté tu ausencia. Llené mi alma con la certeza de que no hay propósito en el azar que domina las vidas humanas; dejé de buscar explicaciones que al final nunca serán suficientes. Acepté, casi sin darme cuenta, el regalo que me dio la grandeza del valor de tu espíritu de niño. Lloré entonces, sin rabia. Miré a tus padres a los ojos y les agradecí tu existencia; di las gracias por la fortuna de conocerte, por las canciones, las preguntas, las risas compartidas. Agradecí tu entrega sin miedo, a pesar de conocer la

miseria de la que somos capaces los seres humanos; como si en el fondo tuvieras la convicción de que todos éramos buenos. Agradecí que me quisieras tanto.

Lo más difícil ahora, Dany, será vivir a la altura de tu presencia. Abrazar tu recuerdo sin mancharlo de amargura por las cosas que no serán. Sentir el día soleado, tibio, pintado de jacarandas; ver a las personas hablar, reír… sin pensar que no es justo que el mundo siga su marcha sin ti.

Guardo el regalo de tu vida en mi corazón, Dany, para seguir viviendo y amando; sin esperar hacerlo como tú, pero contagiada por tu ternura y tu nobleza; agradeciendo por habernos encontrado.

Carta a Penélope

Abril de 2014

A mis amigas y a las que no lo son

No me mires así, Penélope. Debo irme; me cansé de esperar, tejer y destejer fantasías. Llenamos sus manos con ternura; sus labios, de amor; sus ojos, de sueños. Lo que debimos decir es un nudo en la garganta que podemos entregar al viento; da lo mismo. Nuestras palabras, dulces y amargas, se han borrado de su memoria. ¿Y si nos recuerdan?, ¿y si regresan? Serán diferentes, seremos otras. ¿Qué amaremos de esos extraños?

¿Y qué si son héroes, Penélope?; ¿si mataron a la Quimera o al Minotauro, si ganaron batallas y cruzaron mares plagados de sirenas? ¿Por qué nuestra gloria está en la espera? Podríamos cazar con ellos, guiar flotas enteras en batallas memorables. Si tuvieran el valor, se quedarían a construir los sueños que se pierden hilo a hilo en nuestras manos.

Háblame de la herida, Penélope, del abismo de dolor que ha creado su ausencia; yo entiendo. Allí donde Pandora guardó la esperanza, pongamos el resto: el amor compartido, las risas, las caricias. Cerremos la caja, veamos el amanecer.

Hay tanto que hacer, Penélope. Visitar a Medusa, mirarla a los ojos y decirle que la vemos con toda su belleza: la de antes del ultraje, la humillación y la condena. Cantar con las sirenas, rescatar a Eurídice del Hades, defender a Antígona enjuiciada, crear enigmas con la Esfinge.

Casandra predijo este destino solitario, pero nada sabe ella de futuros felices. De haberla escuchado, caminaríamos a su lado, librándola a ella de su maldición y a nosotras de esta espera inútil.

Toma mi mano, Penélope; enfrentemos a cada pretendiente con un "no" que resuene en el Olimpo. Ya habrá tiempo de elegir sin miedo. Por ahora, construyamos imperios con la tenacidad con la que tejimos esperanzas.

Nuestras hijas cantarán esas hazañas, verán otro mundo, Penélope. Caminemos juntas.

Amor, amor

Junio de 2014

Llévame en tus brazos, cuesta arriba, hasta el fondo, mientras mis lágrimas llenan tus pulmones. Llega hasta mi corazón sitiado por seres mitológicos que comerán a pedazos tu cuerpo para entregarme tus vísceras.

Seré brasas y púas cuando me abraces. Si intentas alejarte, te perseguirán mis lamentos reclamando tu promesa de quererme siempre, de no irte jamás. Y no te agradeceré nada. Si acaso, tomaré tus mejillas mientras bebes la sangre de mi herida abierta.

Al final, cuando haya muerto por completo, te regalaré mi cadáver con una cadena para colgártelo al cuello. Para que recuerdes siempre a la que amaste tanto.

Crónicas de Tokio I

Enero de 2015

Elijo una pequeña tienda de licores para comprar sake con una palabra: Ginjo, la marca que me recomendaron. Una anciana me recibe y yo digo la palabra mágica. No me entiende. Le digo "sake" y me lleva a una estantería con muchas botellas de las que no puedo entender el nombre. Repito "Ginjo" y le muestro mi celular donde escribí la palabra (para no olvidarla) con caracteres occidentales. Ella toma el celular y lo lleva a un cuarto separado por una cortina. De la habitación sale un anciano y puedo ver en su expresión que tampoco entiende. Yo repito la palabra, tratando de igualar la pronunciación que escuché del

japonés que me hizo la recomendación. Después de tres repeticiones, aparece la felicidad en el rostro de la anciana, quien finalmente me ha entendido. Me muestra una botella. Luego dice algo señalando otra, tres veces más cara. Supongo que me dice que la otra es mejor. Pero yo insisto en la menos cara. Ella me muestra uno de los *kanjis* de la botella y repite el nombre, mi palabra mágica. Me muestra también el *sochu* y el anciano me explica "like vodka". Yo me quedo con el sake (ahora me arrepiento: mi maleta resistía una botella más); la anciana lo pone en una bolsa; mientras, el anciano desaparece y reaparece con unas botanas; él insiste en que sean incluídas. Desaparece de nuevo. Regresa con un té embotellado, muy común en las máquinas de bebidas que hay por todas partes y que te dan las cosas frías o calientes: café, té, leche, refresco, jugos. Me dice: "Japanese tea, hot tea" y lo extiende hacia mí. Yo agradezco en japonés mientras hago una caravana a su manera (o a la mía imitándolos a ellos). El viento es frío allá afuera; el té calienta el cuerpo, y la amabilidad, el alma.

Crónicas de Tokio II

Enero de 2015

La luz está en rojo. Es un crucero pequeño. La calle que esperamos cruzar tiene un solo carril. Todos esperan. A mi lado, Paty, mi estudiante, me hace notar que no vienen carros, que deberíamos cruzar. Yo respondo que debemos hacer lo que hacen los demás; si ellos esperan, nosotras también. Ella responde que no podría vivir en ese país; le parece desesperante tener que esperar, seguir todas las reglas. Pero me obedece y espera a mi lado la luz verde.

En el metro, a la hora pico, los policías nos organizan. Hay líneas pintadas en el suelo, perpendiculares a las vías del tren. En las rojas, se paran las personas que esperan el

tren exprés, y, en las verdes, las que esperan el tren llamado local, que se para en todas las estaciones. Arturo, mi otro estudiante, me hace notarlo, mientras observo al policía que nos muestra cuatro dedos con la mano izquierda. Los japoneses se alinean en cuatro filas sobre las líneas verdes y rojas. Nosotros hacemos lo mismo.

La estación es la terminal de una de las muchas líneas del metro. Todos salen aprisa; faltan unos minutos para las nueve. Supongo que les queda poco tiempo para llegar a su destino; caminan rápido, casi corriendo, pero sus rostros no se muestran preocupados, o, si lo están, yo no puedo reconocerlo. Cuando salen todos, el policía nos hace indicaciones con las manos y dice algo que no entiendo, pero deduzco que nos pide que entremos al vagón.

No supe si había una palabra para decir "con permiso"; no me pareció reconocer una frase que lo indicara. Cuando llegué a estorbar el paso, pasaban dos cosas: en el primer caso, me esperaban pacientemente a una distancia prudente hasta que yo notara que estaba en su camino; a mí, que siempre me parece desesperante la gente que pone su carrito a medio pasillo en el súper o que ocupa dos carriles en el estacionamiento o en la calle, me da vergüenza mi desconsideración y admiro su paciencia. Me hago al lado con una caravana que pretende ser una sentida disculpa. Pero, a veces, tienen prisa y entonces uno recibe un

empujón; me sucedió un par de veces.

Ellos caminan del lado izquierdo y es fácil olvidarlo. En las escaleras eléctricas se alinean a la izquierda; los que tienen prisa pasan por el lado derecho. Todos cumplen la regla. En el piso de algunas estaciones del metro, en los pasillos que uno debe recorrer para transbordar, las flechas indican de qué lado debemos caminar.

Está prohibido hablar por teléfono en el metro; un altavoz repite constantemente que pongas en silencio tu celular y que no lo utilices para conversar. Paty no entiende por qué. Le explico que es molesto cuando la gente va hablando a todo volumen en lugares públicos, pero no la convenzo. Nosotros, cuatro mexicanos en el metro —Paty, Fabiola, Arturo y yo—, platicamos y reímos, a veces demasiado alto; la gente nos mira y yo les pido a todos que bajen la voz. No es una tarea sencilla; se nos olvida con frecuencia.

Los botes de basura son escasos en las calles, pero no hay basura; de vez en cuando, una colilla de cigarro en una esquina, y una vez vi dos paraguas arruinados por la fuerza del viento. No hay animales callejeros ni ninguna otra fauna: ardillas, mosquitos, cucarachas, arañas; nada. El frío debe mantener a raya a los insectos, supongo. Para tener un perro, hay que tener licencia, me explica Arturo. Sin embargo, la ausencia de ardillas sigue siendo un misterio para mí.

La inundación

Febrero de 2015

Sueños-tsunami arrasaron las ruinas. Nacieron ríos que se volcaron al océano. Corriente abajo, hicimos cantar a las piedras. Sus esquinas se redondearon con nuestro paso continuo hasta el mar. Fuimos olas tallando la playa.

Nos volvimos laguna quieta, sin límites. Reflejamos cielos, luna y estrellas; nos bebimos el sol. En noches de tormenta, construimos diques. Fluimos detrás de las barricadas, escondiéndonos. Nos desbordamos para encontrarnos, a veces con andar de murmullo, a veces como huracanes hambrientos de relámpagos y lluvia.

Fuimos remolinos devorando peces muertos. Guardamos todo, allá en el fondo turbio, oculto. Nos escapamos de a poco en cauces nuevos, en gotas surcando la arena, en nubes solitarias que desaparecieron bajo el sol. Nos volvimos planicie abierta húmeda de recuerdos. Escarbamos en el fondo desnudo para reencontrarnos, solos, equivocados, heridos, secos.

Las últimas gotas besan las grietas que cuentan la historia de aquellos días de inundación y sueños. Mojamos valles nuevos; seremos eternos, hasta la última sequía.

Vecindad

Abril de 2015

Un piso arriba de mí, los vecinos se aman en silencio. Un ruido rítmico, continuo, los denuncia. Minutos después, el silencio. Sus peleas duran más. El bebé llora; ella reclama las dos mudas de ropa que él usa a diario y que ella debe lavar; luego habla de mentiras, de estar cansada. En unas horas, aparecerán escalera abajo, sonrientes, los tres.

Dos pisos arriba, ella anuncia cada momento de placer; es mediodía. Imagino su rostro, su boca abierta desbordando a gritos lo que su cuerpo no puede contener. El té en mi taza se enfría mientras la sigo hasta el final. Si se reclaman, lo hacen en silencio. Una mirada de reproche de

él que ella responde con una tímida sonrisa que ofrece una disculpa. Cuando sus miradas se encuentren, todo estará olvidado. En unas horas, irán escaleras abajo, silenciosos, con la sonrisa en la mirada.

Pronóstico del tiempo: Chicago (primera parte)

Junio de 2015

Caluroso, decía. Temperatura mínima, 19°C; lluvioso. Imaginé el baño de vapor que sería Chicago. Preparé paraguas y ropa ligera. Dos suéteres para los lugares cerrados, en donde el aire acondicionado te mantiene congelado… al menos a mí. Recuerdo a alguien que me decía que hablar del clima era igual que no hablar.

Chicago me recibe a las seis de la mañana. Tibio, nublado. Hay tiempo para tomar el metro hasta el hotel, con maleta y todo. Paso por parques, casas, edificios. Me asomo

a la ventana, a los balcones. Invento historias de vida, pero no son interesantes. Pienso que tú serías mejor para eso. Luego, vienen los túneles oscuros. Recuerdo la ciudad, los edificios, el lago, el planetario. Ya he estado aquí, pero era otra. Era la esposa, la madre. Yo en una reunión de trabajo; esposo e hijo de paseo. El pequeño no lo recuerda; era un bebé. Yo sí: era mi cumpleaños treinta y cinco.

Dejar la maleta y planear el resto del día. La neblina cubre los edificios más altos y mi cabeza. Dormí cuatro horas en el avión. Te escribo; ya llegué y ya quiero regresar. Pero esto apenas comienza. Elijo el museo de arte contemporáneo, pequeño y no muy caro; hacen descuentos a profesores. En la taquilla, me preguntan qué enseño: "astrobiología", contesto; ella dice "exciting" y yo sonrío.

Un letrero en la entrada de una de las salas advierte que la exhibición debe ser vista por los padres antes de que sus niños la vean; justo detrás de la advertencia se asoma parte de una imagen proyectada: un hombre desnudo se levanta de una bañera. Desnudos, pienso; esto no es problema para un niño. Son videos de Karen Cytter. Las repeticiones son lo suyo, y la violencia, pero de lo segundo no hay mención alguna en las cédulas de la exhibición. Una mujer llega a vivir con un hombre, el de la bañera; un pastel con velas anuncia un aniversario y otro más; el vino se convierte en sangre; se repite la escena; todo se incendia; al final, ella

lo abandona. La escena es demasiado familiar. Luego, una mujer le reclama a su pareja su infidelidad; ella tiene un arma y a él no le importa; se repite la escena desde otro ángulo, en otro orden (no importa); el corazón de ella está herido y él es siempre indiferente; al final, ella usa la pistola en contra de sí misma. Ahora entiendo la advertencia inicial hacia los padres.

La exhibición misma se repite: una mesa con libros vuelve a aparecer a la vuelta de la esquina; ese video ya lo vi, me digo. Es desconcertante. Salgo hacia otra sala, en donde me espera un globo aerostático tirado en el suelo. Un niño se apura a quitarse los zapatos para entrar; yo lo sigo. Es una alegría simple: caminar por el interior de un enorme globo azul y rojo. El niño y yo entramos; contemplamos nuestro nuevo universo, rojo y azul; adivinamos que no podemos brincar, aunque nos gustaría. Somos felices igual. Voy contándote cada cosa: los móviles de Cadler, los videos de Cytter, la breve felicidad del globo azul y rojo. Es hora del almuerzo; está nublado. El pronóstico era otro.

Hablar del clima es como no hablar de nada.

Pronóstico del tiempo: Chicago (segunda parte)

Junio de 2015

Un día más. Nublado y lluvioso. Traje paraguas, pero no chamarra. El pronóstico del tiempo habló de algo de lluvia, pero la temperatura mínima sería de 20°C; no es así. Las conferencias comenzaron; la mejor parte son los reencuentros. Hay planes, ideas, noticias de la competencia. Las sesiones son largas; el café, terrible. Te extraño. Esta semana será interminable. Es la hora del almuerzo y llueve a cántaros; hay poco tiempo, pero es suficiente para empaparse. La comida cubana de un café cercano vale cualquier

esfuerzo. Tomamos un taxi para ir a tres cuadras. Igual hay que cruzar la calle. La lluvia es tibia; ya en el suelo, es vapor blanco. Camino entre nubes.

Al día siguiente, el sol tras la ventana es prometedor. En mi caminata matutina hasta el café cubano, descubro el engaño: este sol no calienta. Mi suéter apenas alcanza para sentirme cómoda; me aferro a la idea del *espresso* doble y apuro el paso. El parque a mi lado estalla verde en mis ojos.

La ciudad se desvanece en el sótano. Aquí hablamos de estrellas, planetas, genes, radiación, rocas que guardan secretos. Bromeamos, nos quejamos. La ciudad aparece a ratos, tres veces al día, con la comida. Guacamole en compañía de Aomawa, Sarah y Vlada; almuerzo en el café cubano con Delphine y Patricia; *blues* y *cosmopolitan* con Patricia, Santiago, Jim y Sonny; comida tailandesa con el grupo de Vikki; baile en el planetario con Lucianne, Nancy, Shawn, Avi. Hablo de ti.

El sol sale y regresa detrás de las nubes. La lluvia ya no es tibia. Cuento los días; me voy hasta el sábado; falta mucho para verte y hace frío. El pronóstico del tiempo decía otra cosa.

Hablar del tiempo es como no hablar de nada.

Pronóstico del tiempo: Chicago (tercera parte)

Junio de 2015

Descubrí una araña en mi habitación: redonda, oscura, no muy grande. En el piso 20, afuera de la ventana; en la ciudad de los vientos. La telaraña tiembla; hay moscos atrapados por todas partes. La araña no se mueve; me pregunto si sentirá el frío.

Las conferencias se acaban. Almuerzo con Lucianne y Delphine; hablamos de colegas que se dirigen a nosotros condescendientes, tan sabios desde sus privilegios. Las tres

tenemos historias que contar. Nos sentimos escuchadas, comprendidas.

Delphine se queda conmigo. Vamos al Instituto de Arte y luego a comprar algo especial para ti. Elegimos comenzar por el tercer piso. Arte contemporáneo. Pasan dos horas sin darnos cuenta. El tercero es el piso más pequeño; ahora hay que elegir con cuidado. Bajamos a ver a los impresionistas y nos informan que faltan quince minutos para cerrar. Ante nuestro asombro, la guardia de seguridad nos dice que podemos volver mañana; pero no hay mañana ni veinticinco dólares más para la entrada.

Apuramos el paso, entre las bailarinas de Degas, la habitación y el retrato de Van Gogh, los nenúfares de Monet, parques y mujeres de Renoir. Elijo un cuadro para ti: una mujer de cabello negro rizado, recostada en la cama, mirando al infinito. Delphine está asombrada: juraría haber visto el mismo retrato de Van Gogh en el Louvre, allá en París, en donde ella creció. Y qué hacen aquí tantos cuadros de pintores franceses, se pregunta. Nos despide el antiguo Buda labrado en piedra, impasible ante nuestro apuro. Nos vamos, inconclusas, resignadas.

Paseamos por el parque. Delphine me cuenta de los rostros enormes que juegan con el volumen, las fuentes donde proyectan imágenes, el frijol metálico que dobla a la ciudad en su reflejo. Yo quiero ver todo eso. Nos tomamos fotos;

reímos entre historias y recuerdos. Vamos por tu regalo. En el camino, nos encontramos un traje sastre, todo rojo, y unos mocasines con piedras brillantes, azules, carmín y blancas. Si estuvieras aquí, te diría que un día te voy a regalar un modelito así, y tú contestarías que lo quieres de tres piezas.

Delphine y yo vamos de regreso al hotel. Quisiéramos ir al teatro, oír *jazz*, pero no hay tiempo; son las ocho de la noche, tenemos hambre y estamos agotadas. Hacemos el último recuento del día y de los años frente a un plato de comida china.

El sábado amanece frío; la araña sigue ahí, tras la ventana, tan ignorante de mi presencia como el Buda. Pienso en cuando caminaba por el tiempo sin saberte, meses atrás; cuando pensar en Chicago era emocionante y no un cúmulo de días sin ti.

Cuento las horas; planeo el regreso. Entro en calor mientras camino con maleta y regalos hacia la estación, desde donde el metro me llevará al aeropuerto y luego un avión a ti. Horas después, la ciudad me recibe lluviosa, como lo esperaba, aunque no revisé el pronóstico del tiempo. Sé lo que aguarda tras la puerta automática. Tu abrazo es exactamente como lo imaginé.

Hablar del tiempo es como no hablar de nada.

Días de ciudad

Julio de 2015

Hoy los peatones cruzan por la esquina; los automovilistas ceden el paso al que tiene prisa, al que cruza; desaceleran al lado del ciclista. Quien recibe el favor agradece con la palma abierta o con una sonrisa. En el cruce de tres avenidas no funcionan los semáforos. No hacen falta: todos saben los pasos de esta sencilla danza. No hay un claxon o un grito que la interrumpa.

Ahí van: del lado izquierdo, los que prefieren ir más rápido; del lado derecho, los que van de paseo, acompañados de una mirada amorosa que, adivinan, los espía mientras cambian las velocidades y aprietan los pedales. Los

altos son el momento para mirar a un lado y confirmar la sonrisa que se vuelve un beso que dura justo hasta el cambio de luz. Es hora de mirar adelante, donde los edificios enmarcan un cielo azul y, más allá, las curvas verdes de las montañas saben a sol.

La intrusa

Mayo de 2016

La denunció el ruido de las ollas. Entre sueños agudicé el oído: alguien estaba en la casa. Miré a mi lado, donde mi mamá seguía profundamente dormida. Me levanté despacio y caminé descalza revisando con la mirada el pasillo, la recamara contigua, la sala. Desde ahí la vi sobre la estufa: una ardilla negra husmeaba entre un par de trastos que había dejado la noche anterior. La miré de lejos para no perturbarla, pensando qué haría para sacarla de mi casa.

Podría dejarla en paz si fuera como esas arañas de patas delgadas y largas que se quedan en su rincón y atrapan moscas. El resto de las arañas no corren con tanta suerte,

tampoco los escorpiones, moscas y cucarachas. A las abejas, en cambio, puedo llevarlas hasta la ventana, donde confío que volarán a un sitio más apropiado para ellas. Y luego están los bichos raros. Una vez encontré un insecto verde brillante del tamaño de la palma de mi mano. Estaba en el patio de lavado. Muy grande para un zapato, muy lindo y especial para que su vida acabara ahi. Logré ponerlo en un vaso y echarlo por la ventana al jardín del edificio. Entonces vivía en un primer piso y era fácil. Una ardilla era algo más complicado, en especial cuando estás en el quinto piso y no puedes simplemente empujarla hasta la ventana. Podría, claro, pero pensé que había alguna otra solución sencilla en la que la ardilla sobreviviera y yo no corriera el riesgo de ser mordida. Las ardillas suelen ser salvajes cuando se trata de defender su comida. Muy comprensible.

Regresé a la recámara para contarle a mi mamá sobre la ardilla en la cocina. Tal vez ella tendría una buena idea. Pero seguía dormida y no me atreví a despertarla. Oí más ruidos en la cocina ¿o eran en el patio de lavado? Regresé despacio pensando que tal vez una cubeta serviría para atraparla. Ya no estaba sobre la estufa. Recorrí con la mirada toda la cocina, bajo el desayunador, en la alacena, en el fregadero. La ardilla no estaba. Vi abierta la puerta que da hacia el patio de lavado, me asomé. Otra vez los ruidos. Parecía rascar algo cerca de las ranuras del patio que dan hacia

el departamento contiguo. Cerré la puerta del patio con seguro. Los ruidos cesaron un par de minutos más tarde. Imaginé la cara de mi vecina —que ameniza mis mañanas de los sábados con música horripilante— si encontrara a la ardilla. Regresé a la cama donde mi mamá salía lentamete de su sueño. "¿Qué pasó hija?", me preguntó. Mientras me acomodaba entre las sábanas le respondí: "Creí oir ruidos, pero no era nada". Y me entregué al sueño interrumpido.

Caminar

Junio de 2016

Nos acompañábamos todos los días. Era una cuadra larga, al lado del antiguo rastro, ahora convertido en un mercado. El camino era sencillo: salir de la primaria, caminar hacia la derecha, en la esquina de nuevo a la derecha y seguir el muro rojo hasta la entrada de la secundaria donde trabajaba mi mamá.

No recuerdo hacia dónde iba él. Ni su nombre. Era delgado y moreno, de mi estatura. Tendríamos ocho años. Me acompañaba cada día en esa caminata de 10 minutos, tal vez menos. Todos los días hasta esa ocasión, ¿que pasó?, ¿nos peleamos?, ¿se negó? No lo recuerdo. Sólo sé

que comencé a caminar despacio, con los ojos llorosos. No quería caminar sola. Mi miedo se sentía primitivo, como el miedo a pisar una cucaracha enorme, de ésas que truenan. Una siente que debe hacerlo, pero el crujido final resulta un pensamiento aterrador, paralizante. Me aferré a mi mochila hasta llegar al muro rojo. Me concentré en los ladrillos de esa pared familiar, apuré el paso, pero el camino se sintió más largo que nunca.

Caminé a solas muchas veces más. Como en carrera de obstáculos, en cámara lenta, cerrando los oídos, esquivando manos y cuerpos ajenos. Y he llegado siempre, aunque es otra la que llega en realidad. Me preguntan si me gusta caminar. No; no me gusta.

La entrevista (primera parte)

Junio de 2016

Finalmente decidí qué ponerme. Salí de mi casa para llegar justo a la hora de la reunión. El primer candidato (fuimos acomodados en orden alfabético: Alcubierre, Ayala y yo, Segura) continuaba en la entrevista. "Comenzaron tarde", me comunicó la secretaria. Saludé a Ayala, quien también esperaba. La secretaria, muy discreta, me preguntó si quería estar en la misma sala con él. Le dije que no. Me llevó a otra salita, en donde había agua y refrescos y un sillón muy cómodo en el que acabé durmiendo una siesta de unos veinte minutos, muy reparadora. El día había comenzado con una reunión a las ocho de la mañana con la maestra de

mi hijo y, de ahí, lo de siempre: reuniones con estudiantes, lidiar con la burocracia; luego, lo extraordinario: prepararme para la entrevista. Estaba nerviosa.

Sin mucha pila en el celular, pregunté como a qué hora me tocaría. "Diez o diez y media", respondió la secretaria. Eran las nueve. Me fui a mi carro por mi plan de trabajo y los de mis colegas para repasarlos. Hablé con mi hijo, quien no tenía idea de dónde estaba su mamá. Se oía contento y estaba listo para ir a la cama.

Regresé al sillón, leí, conseguí un cargador para el celular y mandé mensajitos a mis amigos y a mi familia. Llamé a la casa, en donde estaba mi hermano, amora y amigas; les dije que la espera sería larga, que me guardaran algo de comer.

Al filo de las diez y media pasé a la sala de la Junta de Gobierno. Un hombre con barba me recibió y me dijo que él abriría las puertas. Me pareció un protocolo extraño, pero lo seguí. Me indicaron que debía sentarme en la cabecera de la mesa. Había un micrófono. La mesa era larga, lo suficiente como para que 13 personas se sentaran cómodamente. Saludé y busqué la mirada de los dos miembros de la Junta a quienes conocía desde hace años; creí ver una ligera sonrisa en Irene, pero mi vista no es tan buena. Puse mi bolsa en la mesa y mi botella de agua del lado izquierdo,

en donde me pusieron un portavasos y un vaso de vidrio. Yo lo alejé un poco y sonreí.

La entrevista (segunda parte)

Junio de 2016

Jaime me dio la bienvenida; recordé cuando lo conocí, hace más de quince años, al iniciar mi tesis de doctorado. Me sentía tranquila y extrañamente emocionada. Me dieron diez minutos para hablar de mi plan de trabajo. Me concentré en el tono de mi voz, en la fluidez de las palabras, en la lógica del discurso. Hablé de recursos, infraestructura, departamentos, unidades y secretarías. Nuestros logros, lo que hace falta. Luego comenzaron las preguntas: "¿por qué quieres ser directora?", "¿para qué sirve el irradiador?", "¿qué entiendes por vinculación?", "¿qué opinas del C3?", "¿por qué no hay mujeres en el instituto?".

Mi plan de trabajo escrito se había concentrado en definiciones de estudios y estadísticas sobre género en la ciencia. Me comentaron que les parecía extraño que no hubiera dicho nada de eso durante los primeros diez minutos; pero el tema ya estaba sobre la mesa. Todos preguntaron o comentaron algo al respecto: "¿por qué no hay mujeres en física?". Hace 15 años —les dije— había 29% de mujeres estudiando Física en la Facultad de Ciencias. Ahora hay 21%. En los últimos años ha bajado el porcentaje. No creo que eso sea una casualidad; las agresiones a las que están sometidas van en aumento porque nosotros, y en particular la directora de la facultad, solapamos a los agresores. No es extraño, entonces, que para el doctorado sólo haya un 10% de mujeres y después, cuando queremos buscar investigadoras para contratar, encontremos una entre treinta.

Creo que subí la voz entonces. Hubo un par de segundos de silencio y siguieron las preguntas: "¿cómo explicas los votos de tu comunidad que no te favorecen?", "¿tu *curriculum* no es tan fuerte como el de tus colegas (claro que eres más joven que ellos)?", "¿eres mejor que Miguel?", "¿qué cosas harías diferente?", "¿tu candidatura es parte de una agenda personal?".

No faltaron las aseveraciones como "las evaluaciones en la UNAM no son subjetivas"; afortunadamente, mantuve una sonrisa discreta casi todo el tiempo, así que nadie

notó la risa que me dio el comentario. Georgina me dijo que haría una cita para hablar de asuntos de género conmigo y que si no ganaba debería intentarlo de nuevo. Di las gracias.

La entrevista (final)

Junio de 2016

Era un examen y lo disfruté; cada pregunta era un reto: demostrar que sé y que puedo aprender, que escucho, que soy capaz de tomar decisiones, que conozco mi instituto.

La única vez que interrumpieron mis respuestas fue cuando dije que, tal vez, el deseo de liderazgo era visto como un asunto masculino y hacía ruido que una mujer aceptara abiertamente que quiere dirigir algo. De inmediato, mi interlocutor —que había movido la cabeza negativamente en cada una de mis respuestas— dijo molesto que no, que no era eso en absoluto. Le dije que sí, que sí

tenía una agenda porque estaba segura de lo que quería, que todo nacía de lo personal, pues tengo pasión por hacer las cosas, y que también entendía las responsabilidades del puesto. No quiero la dirección para sentarme en una silla a que me tomen fotos, dije. No le gustó mi respuesta, tal vez no fue el único.

Tomé mucha agua. La serví cuidadosamente en el vaso que me ofrecieron y aprovechaba las preguntas para hidratame. Así como me aconsejó el rector, procuré no mover demasiado las manos. No sé si lo logré, pero no tiré el vaso.

Después de hora y media de preguntas, salí de ahí a la media noche. Llamé a casa mientras caminaba afuera de la Rectoría, en una UNAM oscura y sola. Mi hermano, amora y amigas esperaban mi narración. Me serví una copa de vino blanco y comí algo mientras contaba la historia.

A la una de la mañana sonó mi celular. Tenía un bocado en la boca; lo hice a un lado (pensé en escupirlo, pero no pude) mientras contestaba con la voz más formal que puede poner alguien cansado con dos copas de vino adentro. "Habla William", me dijo la voz; suspiré. Era el coordinador de la Investigación Científica, astrónomo a quien conozco desde hace algunos años y que siempre me ha caído bien. La conversación fue corta y amable. Le confesé que estaba comiendo y que me disculpara si mi voz se oía extraña. Me dijo que Miguel había sido reelecto y me preguntó si estaría

en la toma de posesión a las diez de la mañana. Le dije que sí, por supuesto.

Comuniqué la decisión a mis amigas, sin tristeza: ya lo esperaba, y seguimos platicando un rato más.

Dormí profundamente y a la hora pactada entré a la ceremonia de toma de posesión en la que Miguel amablemente reconoció a sus contrincantes. Al terminar fui a felicitarlo y nos saludamos como siempre. Organizaron un brindis, con jugo y café, en donde pude platicar con mis colegas. Hernando me dijo que yo sería la primera directora de ese instituto. "Seguro que sí", le contesté.

Tiempo de elegir sin miedo. Memorias de una astrobióloga,
de Antígona Segura, se terminó de formar
en octubre de 2016 en las oficinas de Monte Gatito.
Para su formación, se usaron las fuentes Alegreya
y Alegreya sc, de la fundidora Huerta Tipográfica.